

XIX Y VEINTE

PÓRTICO

MITOS Y NICHOS PAR EL EXPOLIO PÚBLICO
HACIA UN AUMENTO DE LA DESIGUALDAD
Y MÁS ALLÁ

ESTUDIOS

SOBRE EL REFERÉNDUM, EL DERECHO
Y LA RENOVACIÓN DEL PACTO

APUNTES SOBRE EL NACIONALISMO

GEORGE ORWELL FRENTE AL ESTALINISMO:
SU EXPERIENCIA EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

VOLUNTARIOS JUDEO-ARGENTINOS
EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

CRÓNICAS

ANTES Y DESPUÉS DEL
MOVIMIENTO CIUDADANO

PERFILES

ARTURO SANMARTÍN SUÑER
UN MAESTRO SOCIALISTA

ANÁLISIS

BATALLA DE MADRID.
"TENÍAMOS UNA MORAL MAGNÍFICA..."

CONTINENTE SALVAJE. EUROPA DESPUÉS
DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

EL LABERINTO REPUBLICANO
LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA Y SUS ENEMIGOS

ENTREVISTAS

ALGUNAS REFLEXIONES
SOBRE LA ACTUALIDAD

TAL VEZ EL DÍA

AVIADORES ARAGONESES EN EL FRENTE DEL ESTE

UNOS ARTICULOS DESCONOCIDOS DE ARTURO SANMARTÍN SUÑÉR EN *EL SOCIALISTA*

HERMINIO LAFOZ RABAZA

Presentamos en esta sección unos interesantes artículos del maestro turolense Arturo Sanmartín Suñér publicados en *El Socialista* entre 1924 y 1926. Arturo Sanmartín nació en Cedrillas (Teruel) el 26 de febrero de 1898. Su padre, Benito Sanmartín, ejerció también de maestro durante 35 años en las provincias de Teruel y Tarragona. Arturo estudió los tres primeros cursos, entre 1912 y 1915, en la Escuela Normal de Barcelona, y el cuarto lo acabó en la de Zaragoza en 1917. En marzo de 1919, después de aprobadas las oposiciones, impartió clases en las escuelas graduadas de niños de Calatayud. En esta ciudad pasó algunos años, marchando después, en 1926, a Villablino (León) a trabajar para la Fundación Sierra Pambley donde entró en contacto con Bartolomé Cossío, con la maestra Isabel Álvarez y con el matrimonio formado por María Cuyás y Herminio Almendros.

En 1931 forma parte de la primera directiva de la recién fundada Federación Nacional de Trabajadores de la Enseñanza (poco más tarde FETE), afecta a la UGT. Desde 1933 fue inspector de Enseñanza Primaria, destinado a Palencia. En esa ciudad entró en contacto con otros maestros y profesores como Daniel González Linacero y Manuel Hernández, afiliados como él a la FETE. A consecuencia del golpe fascista de julio de 1936 sería asesinado tras entregarse al saber que había sido detenida su esposa, la también maestra aragonesa Sofía Polo, que sería igualmente asesinada¹.

Estos artículos pertenecen sobre todo a su época de maestro en Calatayud, aunque los dos últimos los envía desde Villablino. Entre el 8 y el 9 de agosto de 1925, Arturo Sanmartín fu detenido, acusado de "comunista" y registrada la habitación de la posada del Pilar en la que residía, incautándosele libros y correspondencia. Se registró también el Centro Instructivo del que era director y al que acudían obreros y obreras a formarse después del trabajo. Se cerró el Centro y se practicaron tres detenciones más. Sanmartín

permaneció unos días en la cárcel pero, debido a los informes positivos de las familias de los alumnos y de los compañeros, fue liberado con un apercibimiento privado. Estos acontecimientos quedan reflejados en dos de los artículos. En los demás, muestra un gran conocimiento de los temas pedagógicos del momento, no rehuendo los debates profesionales ni las polémicas de carácter nacional sobre la educación. Una muestra más del alto grado de preparación teórica de la que haría alarde en años posteriores²

* * *

LA LIBERTAD PEDAGÓGICA

El Socialista 4899 (20 octubre 1924)

Calatayud

HEMOS LEÍDO EN "REVISTA DE PEDAGOGÍA" DEL MES DE septiembre último un artículo firmado por don Félix Martí Alpera, que encabeza con el siguiente título: "La dictadura pedagógica".

No es la primera vez que salimos al encuentro de estos liberales de caña, que siempre se nos rajan por lo más recio.

¿Una dictadura para remedio de nuestros males? ¡Como si éstos pudieran remediarse de un bocinazo o con la energía de un rayo! ¡Como si la organización que requiere la enseñanza pudiera compararse en nada a la que debe tener el ejército!

Dictadura quiere decir imposición por la violencia de un régimen, de unas doctrinas o de un sistema. Y toda dictadura, aunque fuera la de un espíritu superior, significaría, cuando menos, una gran incompreensión, un desconocimiento absoluto de la marcha que sigue la naturaleza humana en su evolución y el espíritu en tu desenvolvimiento.

Sabemos que el ordenar a un muchacho que se lave la cara puede ser una cosa muy fácil, pero también muy poco educativa. Serla más lógico colocar ante su cara un espejo para que se la viera sucia y le entraran ganas de limpiársela. Y aunque así no ocurriera, seguiríamos confiando, mucho más que en todos los mandatos y en todas las órdenes, en las palabras cariñosas del maestro y el esfuerzo por hacer que el niño comprendiera, a ser posible por sí mismo, lo conveniente y lo agradable, y sobre todo lo hermoso, que resulta el ir bien limpio y aseado.

La idea de la dictadura es una idea que ha obsesionado a muchos. Comprendemos que cuando se ha llegado a cierta edad y en las sienes comienza

a blanqu
cosas. N
y de lo r
realidad

En e
ola de p
los enfe
ron que
la dolen
quedarí

Infin
ra a trav
siempre
ral para

Quer
ción pro
un conc
la dictac
a aprend
error en

Acos
bueno, c
nocida p
son dign

Som
mayoría
destales
mano ll
albañil.
verdad,
y de la f

En e
mos im
los niño

Si se
cionarle
rrir a la
éstos de
maestro

a blanquear el cabello se tenga mucha prisa por ver transformadas todas las cosas. Nos damos cuenta a última hora de lo poco que hemos hecho en la vida y de lo mucho que nos resta aún por hacer si queremos que se convierta en realidad el ideal soñado en la juventud.

En este, periodo de senectud, de decadencia moral y física, diríase que una ola de pesimismo embarga y confunde el ánimo. Nos pasa entonces lo que a los enfermos crónicos, que se cansan, se aburren de tanto aguantar, y quisieron que un «cirujano» de mano hábil les arrancara del cuerpo el motivo de la dolencia, en la seguridad de que si no lograban librarse de ella, al menos quedarían heridos mortalmente.

Infinidad de veces hemos observado el espíritu de don Félix Martí Alpera a través de sus libros y artículos, y no creemos equivocarnos al decir que siempre hallamos en ellos la misma presión exterior, la misma coacción moral para la formación, interior del niño, las mismas prisas siempre...

Queremos creer que al exponer de nuevo este criterio lo hace por convicción propia y no por halagar a nadie: pero nosotros, que tenemos de la vida un concepto diferente al del señor Martí, no podemos transigir con la idea de la dictadura pedagógica. No queremos dictadura ni para comer, que equivale a aprender en materia educativa. Es más: tenemos interés en demostrar el error en que, a nuestro juicio, se halla.

Acostumbramos a bucear en todos los trabajos que nos interesan, y lo bueno, cuando no lo es, lo rechazamos, aunque venga de una autoridad reconocida por el público. Para nosotros no hay autoridades indiscutibles. Todas son dignas de que se las discuta y aun muy discutibles.

Somos un poco irreverentes para esos hombres a quienes el sentir de la mayoría ha labrado un pedestal. Nuestra piqueta no respeta nombres ni pedestales. Se mueve a derecha y a izquierda. Destruye para construir. Si en una mano llevamos la herramienta demoledora, en la otra tenemos la paleta del albañil. Combatimos lo que consideramos un error para poner en su lugar una verdad, nuestra verdad, la que juzgamos más eficaz para los fines de la libertad y de la fraternidad entre los hombres, suprema aspiración de la Humanidad.

En el caso actual, quisiéramos que el señor Martí nos dijera a quién debemos imponer eso que él llama "dictadura pedagógica". ¿A los maestros? ¿A los niños? ¿Al pueblo?

Si se trata de mejorar la situación económica del Magisterio y de proporcionarle material suficiente y adecuado, como él dice, ¿será necesario recurrir a la dictadura para que los maestros acepten la reforma? ¿Van a protestar éstos de que se les aumente el sueldo? ¿Es que van a protestar los padres si los maestros demuestran que saben ganárselo?

De variar el sistema de organización escolar, aunque esto sea cuestión un poco más delicada, tampoco nos ofrece grandes dudas.

Veamos. Si la variante que se propone estuviera en la mente de todos—y suponemos que sí—no harían falta dictaduras: podría llevarse a cabo por acuerdo libre entre los maestros. Y si no lo estuviera, ni siquiera en la de una mayoría., consideramos inútil que tratara de implantarse. Los resultados no habrían de ser satisfactorios.

La reforma que el señor Martí propone —constitución de grandes núcleos escolares en las ciudades, con edificios adecuados y personal conveniente; creación de un depósito general de material escolar, etc.—no encontraría oposición en los maestros, que bajo todos los aspectos saldrían ganando; no la hallaría en los padres, que verían en ella una medida eficaz para la educación de sus hijos, y suponemos que tampoco habrían de ofrecerla los niños, que serían los más directamente beneficiados con el camino.

Luego, si lo que se trata de imponer está de antemano aceptado, ¿por qué no se lleva a la práctica sin necesidad de recurrir a una dictadura?

Sencillamente, porque todo esto cuesta dinero, y el encargado de administrar nuestra caja de caudales los distrae en otras atenciones que él considera más urgentes. De manera que siendo el Estado el que impide que dicha transformación pueda operarse, al Estado es al único que, en último término y en buena lógica, cabría imponer la dictadura que se pide para los demás. Pero día llegará que arrancaremos de sus manos lo que sólo a nosotros corresponde administrar, y entonces obtendremos de la libertad lo que ahora se espera de la dictadura.

Mientras, sigamos laborando en pro de la escuela; hagamos conciencia humana; demostremos que valemos y que merecemos la reforma. Dirijámonos a la razón, sin violencias, sin imposiciones y sin prisas, que la tarea de hacer a los hambres mejores y libres no es cosa que pueda obtenerse en un día, sino que es una labor lenta, para la que son necesarios muchos años y tal vez muchas generaciones: carrera, sin duda, demasiado larga para los débiles de espíritu que, por añadidura, pretenden recorrerla a zancadas.

Para terminar. A toda idea de dictadura opondremos siempre la idea de libertad. A la dictadura pedagógica, la libertad pedagógica. Nos atrae ésta, no por ser más rápida, sino por ser más bella.

C

A mi
do que
mamos

Y sir
tera, etc

La e
deado c
escuela

De r
hay de r
en la ge
dando s

Al g
ros ma

Se h
no debe
eleve a

Más
no trab
al comp
maestr
a la escu
tan fría

Poco
con má
territori

Sab
maestr
deficien

Per
pañola,

MAESTROS, MAESTROS

El Socialista 4911 (11 marzo 1924)

Calatayud

CUANTOS HAN TRATADO A FONDO EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA han señalado la falta de maestros como la causa principal de nuestra incultura y atraso. Antes que edificios, antes que material, antes que nada hay que procurar maestros, verdaderos maestros, se han dicho.

A mi ver, los que así han hablado dijeron una gran verdad. Porque entienden que el maestro es el agente principal de esa evolución consciente que llamamos educación.

Y sin él, edificios lujosos, material excelente, organización adecuada, etcétera, etc., no serán nada más que elementos decorativos de muy escaso valor.

La escuela constitúyenla maestro y alumnos. Allí donde éste se halle rodeado de sus alumnos, allí estará aquélla. Tal cual sea el maestro, así será la escuela.

De mil maneras diferentes se ha venido proclamando la necesidad que hay de reclutar personal; pero se ha hecho de una manera tan superficial que, en la generalidad de los casos, la esencia del problema se ha evaporado, quedando solamente el fraseo.

Al gritar ¡maestros, maestros!, ya no se piden buenos maestros, verdaderos maestros, sino más maestros. Y este es el error.

Se ha hecho cuestión de número un asunto que no lo es o que, al menos, no debe serlo. Porque no es la cantidad de maestros lo que hará que España se eleve a la altura de los pueblos cultos, sino la calidad de éstos.

Más maestros ocuparían más locales, ¡qué duda cabe!, pero maestros que no trabajan, que no luchan, que no laboran en un sentido ideal, que no vibran al compás de los tiempos, que no siembran inquietudes espirituales, no son maestros, y el pueblo que los paga los aborrece, y aborrece, por culpa de ellos, a la escuela, que, falta del calor necesario, se queda atrás sola y fría, tan sola y tan fría como el alma del que está al frente de ella.

Pocos o muchos—pocos, sin duda alguna—, España cuenta actualmente con más de treinta mil maestros, que, extendidos por todos los pueblos de su territorio, tienen la misión de educar a las gentes.

Sabemos por experiencia propia las dificultades insuperables con que el maestro tropieza en su labor, tales como el excesivo número de niños y las deficiencias del material y del local.

Pero todas estas dificultades, que son una realidad viva de la escuela española, no debemos achacarlas a nadie más que a nosotros mismos, porque

nosotros somos los únicos culpables de no haber sabido preparar siquiera una generación de hombres capaces de exigir a los gobernantes una acción decidida y continuada hacia todos los órdenes de la enseñanza.

El hecho de que nos hallemos retribuidos tan pobremente, ¿no dice bien a las claras cuan ineficaz ha sido la labor realizada?

La labor no realizada, debiera decir, porque el maestro español se ha limitado casi siempre a no hacer nada, a salir del paso de la mejor manera posible o a despachar la clase con cuatro conocimientos indigestos, que viene a ser lo mismo.

Y es que para ejercer el magisterio hace falta una vocación y un espíritu de apostolado que no se encuentran en la mayor parte de los que a él se dedican.

Esta triste realidad nos mueve a declarar que los maestros no somos hoy una garantía como educadores.

Por eso, cuando nosotros pedimos maestros no decimos muchos maestros, sino buenos maestros. Queremos espíritu mejor que materia. Individuos que amen una sociedad más justa y más humana; una sociedad de hombres comprensibles, tolerantes y libres, una sociedad sin bajos egoísmos ni exclusivismos, donde todas las necesidades hallen una satisfacción cumplida y todas las aptitudes un desenvolvimiento natural. Queremos jóvenes noblemente apasionados por los ideales de redención humana, seguros como estamos de que estos ideales, sentidos hondamente, les ha de llevar a trabajar cerca del niño, como la manera mejor de hacer que se convierta en realidad esa aspiración actual.

Las Normales debieran ser las encargadas —ya que no pueden darles el temperamento— de hacer que prendiera en el alma de los futuros maestros esa chispa ideal, ese fuego sagrado del amor hacia todas las cosas, esa voluntad fuerte de los creadores, de los hombres señeros: la emoción propia de los espíritus delicados y tiernos. Al igual de los grandes maestros de la Historia, que han sido hombres de pureza ideológica, de rectitud moral, de carácter firme. Maestros de amor, de bondad, de inteligencia, de ejemplos...

L

terio na

Hub
nera de
andaría
pretenc
tenemo

Tal
preocup

Sin c
comien
niendo
atenció
que por

«Re
en nues

Efec
pudiera
lestar a
zo ejecu
Francia

La t
cambia
riente,
las ven
arado r
señand
más de

la tarea
los tien

En
escuela

Documentos

GRUPOS DE ESTUDIO

El Socialista 4935 (1 diciembre 1924)

Calatayud

LA FELIZ IDEA DE CONSTITUIR UNOS «GRUPOS DE ESTUDIO» O «Comunidades de trabajo» lanzada al público por «Revista de Pedagogía» hace ya bastantes días parece haber caído en saco roto. A pesar de la trascendencia que supone para la mejor vida del Magisterio nadie se ha movido, nadie se ha interesado, nadie ha dicho nada.

Hubiera propuesto el modo de obtener dos ascensos en un año o la manera de sacar plaza en las próximas oposiciones, y a estas horas los maestros andarían más desalados que si se tratara de pescar en aguas turbias. Pero se pretende, por el contrario, trabajar y estudiar, sin ningún fin de lucro, y ya tenemos que no hay quien diga esta boca es mía.

Tal proceder es un síntoma que revela bien a las claras cuáles son las preocupaciones del Magisterio, sus ambiciones, sus anhelos, sus amores.

Sin embargo, los que consideramos la importancia de la misión que se encomienda a estos Grupos no podemos por menos que hablar de ellos, exponiendo nuestro parecer y el juicio que nos merecen, a la vez que llamamos la atención de todos aquellos compañeros que suelen interesarse por algo más que por las mejoras que tienden a beneficiar doctamente al estómago.

«Revista de Pedagogía» ha señalado un blanco, un vacío que se deja sentir en nuestra vida profesional: el estudio de los problemas pedagógicos.

Efectivamente. Nuestra labor peca de rutinaria. Somos maestros como pudiéramos ser barrenderos o limpiabotas—dicho sea sin intención de molestar a estos profesionales de la limpieza—. Somos máquinas sin motor; brazo ejecutor de un cerebro que no sabemos a punto fijo si está en Alemania, en Francia o en Suiza; pero lo que sí sabemos es que no se encuentra en España.

La técnica de nuestra labor no es impulsada por una energía superior y cambiante, por la fuerza del pensamiento, sino que se halla anquilosada, muerta, mecanizada. ¿Qué diríamos de un campesino que después de conocer las ventajas de la vertedera y del tractor empleara para remover la tierra el arado romano? Pues bien; algo parecido nos ocurre a nosotros. Estamos enseñando con el instrumental más viejo que la Pedagogía nos sirvió hace ya más de un siglo. Los métodos, los procedimientos, los principios que animan la tarea educativa, la vida de la escuela toda, no se ha renovado al compás de los tiempos, no se ha acomodado a las exigencias de la época.

En ningún país civilizado hay tanta distancia entre lo que debiera ser la escuela y lo que es como en España.

Ello es debido a que los maestros no se han preocupado por esa labor individual, de creación, que va dirigida a conquistar los medios para hacer mejor y más fácil la obra escolar. Hay quien está en clase las cinco horas que señala el reglamento y ya no se acuerda de la escuela hasta cuando ha de volver al día siguiente. En general, se cumple con la obligación legal y nada más.

La acción que el maestro desarrolla en la escuela es la parte más elemental, la más simple de toda su labor profesional. La que pudiéramos llamar extraoficial, seguramente la más trascendental se halla casi por completo abandonada.

Permanecemos pasivos, nos limitamos a recibir siempre sin aportar nada nuevo al común acervo de ideas y sentimientos. Conservamos aún los moldes en que fuimos escudillados por nuestra escuela memorista y teórica, de espaldas a la naturaleza, cerrada a toda observación de la realidad.

En esta posición esperamos que las cosas se nos den hechas, y cuando mas, acudimos a los libros, que representan el menor esfuerzo para enterarse de las cosas.

Este no es un camino fácil, sino el peor, el más difícil, porque es el que se presta a mayores errores y equivocaciones. La Pedagogía no es una ciencia que se pueda pegar y contagiar. La Pedagogía no se enseña, se aprende. Es



una act
cátedra
ble, el m

Ella
sus def
debe co

Par
inquiet
cilante
mas nu

Los
na volu
arcaica
para q
la escu
todos r

En
miento

L

Con la
poco e
toleran

Las
depend
para lo
locarlo
espírit

De
de cad
dor de

or indi-
r mejor
e señala
er al día

lemen-
mar ex-
o aban-

ar nada
moldes
a, de es-

cuando
enterar-

el que se
ciencia
ende. Es



una actividad continuada y recíproca entre el maestro y el niño. No poseemos cátedras ni laboratorios en donde estudiarla; pero poseemos uno incomparable, el mejor: que es la escuela.

Ella nos muestra, como no podría hacerlo ningún libro, sus necesidades, sus defectos, sus vicios, sus cualidades, su cara buena y su cara mala, lo que debe corregirse y lo que debe permanecer invariable.

Para realizar esta labor sólo hacen falta buenos observadores, espíritus inquietos y atrevidos, individuos que inquieten y escudriñen en el ánimo vacilante de los pequeñuelos; zahoríes del pensamiento que adivinen las formas nuevas de un nuevo arquetipo. Es necesario sentir, pensar, imaginar...

Los Grupos deben ser la comunión de estos hombres abnegados, de buena voluntad, sencillos y estudiosos, que sintiendo el peso de una civilización arcaica y la responsabilidad de su misión se propongan trabajar con ahínco para que, al amanecer de una nueva aurora, la mole enorme y anticuada de la escuela primaria se halle transformada y sea digna de ser bien recibida por todos nosotros.

En el próximo número diremos algo sobre la organización y funcionamiento que, a nuestro juicio, podrían tener dichos Grupos.

MÁS SOBRE LOS GRUPOS DE ESTUDIO

El Socialista 4959 (29 diciembre 1924)

La labor que se encomienda a estas Grupos—como ya indicamos en nuestro artículo anterior—es una labor de estudio, de ejercicio intelectual, de pensamiento. Para que dichos Grupos puedan realizar eficazmente esta función es necesario una organización adecuada. Con las piernas trabadas no se puede andar. Con el cerebro oprimido, tampoco es posible pensar. Sólo dentro de un ambiente de libertad y de máxima tolerancia cabe esperar buenos resultados.

Las Grupos, pues, a nuestro entender, deben ser autónomos, es decir, independientes y con voluntad propia, si bien que federados, unidos entre sí, para los fines que les sean comunes. Toda tutela o dependencia habría de colocarlos en un plano inferior al que por su alteza de miras y la amplitud de su espíritu les corresponde ocupar.

Dentro de cada Grupo debe procurarse el libre desarrollo de la actividad de cada componente. Esta ha de ser la base, el principio fundamentad alrededor del cual ha de girar la obra toda de sus organismos.

Para su constitución podría precederse de la manera siguiente:

Todo maestro que desee formar parte de un Grupo —sin aguardar a que otro se lo indique ni esperar a recibir órdenes de nadie— se dirige de palabra o por escrito al compañero o compañeros que él estime oportuno. Una vez relacionados y puestos de acuerdo los dos, tres o cuatro, o los que sean, dan señales de su existencia por medio de la prensa o por carta. Se invita a que otros amigos de otra comarca hagan lo mismo, y un buen día se citan para reunirse en la capital de la provincia, en la de la región o en un pueblo cualquiera de fáciles vías de comunicación. Entre todos los Grupos comarcales se constituye una Federación regional. Las diferentes regiones forman después la Confederación nacional, que a su vez se relaciona con los Grupos afines, si los hay, de otras naciones.

Esta pauta de organización hace suponer la existencia de un gran núcleo de maestros a ella adheridos, núcleo en el que de momento no cabe pensar.

Por otra parte, parece ser como si nosotros tratáramos —y no hay tal— de sistematizar o cuadricular lo que solo la vida y las exigencias del momento pueden determinar. Así lo creemos. Es más: somos enemigos declarados de hacer reglamentos, de nombrar Juntas, de imponer cuotas, etc. Entendemos que todo ésto son formas exteriores de obligar a los que por naturaleza o por inclinación no se sientan obligados. Pero nosotros queremos que en nuestra asociación el deber no nos sea impuesto desde fuera, sino que salga del interior, de lo más íntimo de cada uno. Sólo un vínculo de unión: la afinidad. Para todos un mismo fin: el trabajo.

En las ciudades donde existen gran número de maestros será más fácil la constitución de estos Grupos. No importa que entre ellos figure también alguna mujer. Más aun: casi habría que interesarse por que así fuera, bien integrando los de los varones o formando ellas otros aparte.

Por regla general, los individuos que tienen gustos parecidos y aficiones semejantes, ya suelen encontrarse unidos, asociados. Pues bien; no vamos a deshacer lo que tan armónicamente nos brinda la Naturaleza, sino aprovecharnos de esta coyuntura para crear sobre ella, para construir.

Decir, por ejemplo, que tal individuo debe pertenecer a un Grupo determinado, cuando ya corresponde o él de antemano, nos parece absurdo. Fijar un día al mes o a la semana para reunirse, cuando de ordinario lo están haciendo todos los días, nos parece doblemente absurdo.

Lo mejor será dejar hacer en todas las ocasiones para que entre ellos se busquen y se elijan y se reúnan cuando quieran; teniendo bien en cuenta que la principal labor ha de ser obra personal, producto de las observaciones y de las experiencias de cada uno, hechas en casa, en el silencio del retiro amado,

en el paseo solitario por el campo o junto al libro siempre abierto de la escuela. Los Grupos tendrían como finalidad inmediata la confrontación de los esfuerzos Individuales, el estudio y discusión de los temas designados, y la proposición de otros nuevos.

En las Conferencias regionales —que podrían tener lugar una vez al año, aprovechando un periodo de vacaciones: el de Pascuas, pongo por caso- se redactaría un escrito o Memoria para darlo a la publicidad, y que sería, a su vez, la aportación colectiva a los temas señalados en los Congresos nacionales.

Estos Congresos —convendría que se celebraran también una vez al año, después naturalmente de realizarse las Conferencias regionales -serían algo así como el término de una larga Jornada y al mismo tiempo el punto de partida de otras muchas. Recogerían los resultados obtenidos por las diversas regiones, y de acuerdo con ellas, propondría la resolución de otros problemas para el año siguiente. Y todo ello, como recomienda «Revista de Pedagogía», con la mayor naturalidad es decir, sin afectación, sin sesiones aparatosas, sin discursos ni retórica.

Habría que procurar por todos los medios la divulgación de las conclusiones alcanzadas en los Congresos nacionales. Esto se conseguiría imprimiéndolas en un folleto que se repartiría gratis. Para allegar fondos se recurriría a una suscripción voluntaria, a las Asociaciones de Maestros y aun de la misma prensa.

Hemos propuesto una organización en forma de pirámide. Pirámide cuya base deberla ser, por su extensión y calidad, tan amplia y tan compleja como fueran el número y la condición de todos los que se dedican a la enseñanza, y de donde partirían, en líneas convergentes, las iniciativas, que, a manera de haz, se reunirían en la cúspide, teniendo su culminación en los Congresos nacionales.

Decimos que su base debiera ser tan amplia como fuera el número de maestros, porque no podemos creer que haya uno tan solo que en el ejercicio de su profesión no se muestre interesado por la finalidad de su obra, por el mejoramiento de su labor y por el perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo que colaboran con él.

Después de lo dicho, ya sólo nos resta añadir que «Revista de Pedagogía», se ha ofrecido para facilitar la gestión referente a los Grupos.

¿Qué dicen de todo esto los señores maestros?

LA OPOSICIÓN, LA LUCHA POR LA EXISTENCIA Y EL APOYO MUTUO

El Socialista 4995 (9 febrero 1925)

LA OPOSICIÓN ES EL MEDIO MÁS CORRIENTE —NO DECIMOS EL ÚNICO ni el mejor— que se emplea para seleccionar al personal que ha de ocupar un cargo o una vacante. Generalmente, no es el cargo por sí el que determina la oposición, sino la remuneración que le acompaña. No es la necesidad de trabajar, el deseo de ocuparse en algo útil, sino la necesidad de vivir, y de vivir tranquilamente, libre de la preocupación económica que lleva consigo el diario sustento.

Esto, que debiera ser un derecho para todos, sólo lo es hoy para unos cuantos privilegiados que han tenido la fortuna de estudiar una carrera y triunfar en unas oposiciones.

Vivir y mejor vivir. He aquí la significación de las oposiciones a un sueldo y a mayor sueldo. Tienen también sabor de recompensa, y de premio, de elevación y dignidad, de distinción y diferencia, de predominio de los más aptos y capaces sobre los peor dotados, sobre los desheredados de la naturaleza.

No queremos discutir si realmente en la actualidad la oposición cumple su misión seleccionadora y diferenciadora; lo que sí afirmamos es que tiene un mal de origen, de consecuencias muy lamentables en la vida social.

Se parte del supuesto de que la vida es lucha, y no lucha noble y elevada, por mejorar la vida de todos, sino la de cada uno, independiente de la de los demás, y aun a costa, y por encima de los demás.

Naturalmente, esto sólo es un reflejo del concepto que se tiene de la vida toda; un mal reflejo, porque la vida, no sólo es lucha, destrucción, rencores, odios; es también simpatía, solidaridad, colaboración, apoyo mutuo.

Ya el mismo Darwin habló del acuerdo para la existencia y de la prosperidad de las comunidades, que gracias a la unión del mayor número de miembros asociados se reproducen en las mejores condiciones.

Hoy ha quedado demostrado que en la conservación de las especies, no tanto ha influido la rivalidad de unas con otras como la ayuda mutua, entre los individuos de una misma especie.

Pero los discípulos de Darwin, viendo sólo lucha por la existencia en el drama infinito de la vida, se dejaron llevar por el efecto deslumbrante que causaba en el público semejantes teorías, y se dieron a defender y a propagar la parte más simple de toda la concepción del maestro,

La vida toda quedó impregnada de rivalidad y de odio, como algo consustancial con la existencia. ¡Y cuántos ataques brutales, atropellos inicuos y apropiaciones injustas se han cometido en nombre de esa pretendida rivalidad por la existencia!

Vemos cómo las plantas se disputan un pedazo de tierra y cómo los animales, lo mismo en la tierra que en el aire y en agua, se batan y pelean por la posesión de un insecto o de una semilla; vemos cómo los mejor armados para esa lucha y los de mayor capacidad de adaptación al medio acaban por imponerse a los demás y a las otras especies. Todo esto es verdad, lo reconocemos; pero es para nosotros mucho más trascendental la ayuda que en todo momento se prestan unos a otros para la defensa en común de la especie.

Y en cuanto al hombre —ser dotado de razón— la evolución orgánica por la adaptación al medio no puede considerarse como algo definitivo e invariable, sino que los propios individuos pueden influir recíprocamente sobre aquél y transformarlo en la medida que mejor satisfaga sus necesidades morales y materiales.

Realmente la oposición no puede asegurar de una manera absoluta —aunque a ello camine— que los triunfantes en sus lides son los mejores, ni siquiera en el aspecto que se prepone apreciar. Y si lo hiciera con motivos fundados solo vendría a reconocer de una manera oficial el valor de cada uno. Sin que esto pueda decir que los valores, no reconocidos oficialmente no supongan tanto, por menos en extensión e intensidad, como los de aquéllos.

Pero queremos suponer que se ha perfeccionado tanto la máquina de adquirir pruebas sobre el valor de cada opositor, que yo no hay uno tan sólo aprobado o seleccionado que no reúna las condiciones debidas.

Pues bien; aun entonces seguiremos opinando que la oposición debe de aparecer, no tanto por prurito de que desaparezca, sino por cuanto ello podría implicar, implicaría seguramente, un cambio en el concepto de la vida y en el empleo de nuestras cualidades superiores.

Queremos, nada más, fuentes de amor y no de odio. El odio nace de la rivalidad, y del odio provienen las guerras, las matanzas y la antipatía entre los hombres.

La ferocidad no engendra la dicha, sino que la engendra el amor, el trabajo solidario, la simpatía entre los semejantes.

Las oposiciones, por lo que tienen de rivalidad y de pelea, deben desaparecer.

Hoy parece justificada esta lucha por la necesidad que hay de obtener medios materiales de subsistencia; pero la obtención por estos medios de lucha de los elementos necesarios para vivir cómodamente y desenvolver la perso-

nalidad da cada uno es no incidente, un hecho pasajero del actual sistema capitalista, que desaparecerá tan pronto como varíen las condiciones de vida y nuestras necesidades económicas se hallen aseguradas por una distribución más equitativa y más justa de los elementos de consumo.

El día que esto ocurra, el hombre, encontrando más satisfacción en el ejercicio solidario con sus compañeros que en las luchas por apoderarse de una presa, preferirá la colaboración y el apoyo mutuo a la rivalidad y a la pelea.

Una educación heroica, libre de prejuicios y vanidades, dará a cada uno el sentido de la limitación, y entonces sabrá reconocer sus propias fuerzas y las de sus camaradas. Esto les llevará a un ejercicio adecuado de sus facultades, y los fuertes obrarán como fuertes y los débiles como débiles, y así, cuando se trate de ver una escena o de oír una sinfonía, por ejemplo, el público no se dividirá en gente que tiene dinero y en gente que no lo tiene, sino que cada uno, con arreglo a sus condiciones visuales y auditivas, ocupará el puesto quien le corresponda, y los mejor dotados o los más fuertes no se abrirán paso a codazos, como ahora, ocurre sino que apercibiéndose, de sus facultades ventajosas, sentirán una gran satisfacción en hacer buen uso de ellas en beneficio propio, y, además, porque esta actitud entrañará no el orgullo de los de arriba y la envidia de los de abajo, sino la protección, y la ayuda a los más débiles e inferiores.

EL PROBLEMA DE LA INSPECCIÓN ESCOLAR

El Socialista 5079 (18 mayo 1925)

Calatayud

EN LA PRENSA PROFESIONAL Y EN LAS PÁGINAS DE ESTE MISMO día hemos visto manifestarse, de poco tiempo acá, las más opuestas tendencias en pro y en contra de la inspección. Unos afirman que debe desaparecer; otros, en cambio, que ha de subsistir. Para nosotros, ambos criterios se hallan a igual distancia de la verdadera esencia del problema. Y es que se antepone, en la apreciación de la verdad, el juicio personal a lo que la realidad da de sí.

Intentemos un examen: ¿Por qué debe desaparecer la inspección? Las respuestas vienen a ser éstas: Porque los inspectores no realizan una labor útil. Porque son para los maestros como una especie de policías. Porque no son necesarios.

Veamos. Si el no realizar una labor útil sólo fuera cuestión de más o menos tiempo, como parece indicarse, fácilmente podrían obviarse las dificultades aumentándola, es decir, aumentando el número de inspectores.

Si e
licias,
cosa qu
mos añ

Fin
delicac
sional
puede
dejan
vechos

Los
tor es u
un guía
so. Des
luchar
no un
pediría

Cua
ben se
Que
fender
jóvene

Per
y, por l
ampar
tora.

Con
ción de
una ba

El ins
El insp
nuestr
peor sa
acuder
si que t
a los n
zas cor
interne

Si el mal está en que se tornan para los maestros en una especie de policías, el remedio lo hallaremos en su transformación, para que así no sean, cosa que también es posible, pues todos ellos convienen en que en estos últimos años han salido ya algunos inspectores que repugnan esa labor.

Finalmente, se dice que no son necesarios. Con ser éste el aspecto más delicado del problema, porque entra en los límites de la competencia profesional y en la singular manera que cada uno tiene de ver las cosas, tampoco puede fundamentarse en él la supresión, pues los mismos que lo piden no dejan de reconocer que hay inspectores que llevan a cabo una labor muy provechosa para la enseñanza.

Los que se oponen a que la inspección desaparezca afirman: Que el inspector es un ser útil, puesto que lucha, trabaja y labora. Que es para los maestros un guía, un consejero. Que lleva a los pueblos aires de renovación y de progreso. Después de estas aseveraciones, se nos ocurre preguntar: Si el inspector luchara y trabajara por la escuela; si fuera para los maestros un consejero y no un policía; si llevara a los pueblos aires de renovación y de progreso, ¿se pediría su desaparición?

Cuando los maestros lo hacen, es porque los inspectores no son lo que deben ser. Donde ya son "como deben ser" no se pide que desaparezcan.

Que la inspección no lucha y trabaja nos lo dicen los mismos que para defenderla tienen la necesidad de recurrir al comportamiento de unos cuantos jóvenes que son modelo de inspectores.

Pero unos cuantos, aunque sean flor y faro no son la inspección toda, y, por lo tanto, su conducta, que sólo a ellos justifica, no puede servir para amparar, en términos generales, a todos los que realizan función inspectora.

Como se ve, ni las afirmaciones absolutas de los que dicen que la inspección debe desaparecer ni las de los que creen que debe seguir viviendo tienen una base firme y razonable.

El inspector policía

El inspector policía corresponde a un tipo de hombres muy corriente en nuestro país. Su única preocupación consiste en vigilar y averiguar, con la peor saña, lo que hacen los demás. No sólo pertenecen a esta categoría los que acuden, al expediente, olvidándose del desenvolvimiento difícil del maestro, si que también los que al llegar a una escuela, programa en mano, interrogan a los niños con aires de magistrado, examinan si se dan todas las enseñanzas contenidas en el mismo, averiguan si se cumple el horario, si el régimen interno se acomoda a la corriente; en una palabra: al inspector policía, en el

mejor caso, sólo le interesa si los niños saben y cuánto saben, y no si están sanos, alegres, despejados y fuertes.

El inspector policía será siempre un obstáculo para la buena marcha de la enseñanza. Por esta razón entendemos que debe morir; los mismos inspectores, por dignidad de clase, debieran eliminarlo de su seno. Pero esto no se conseguirá repitiendo una y mil veces que así sea, sino elevándonos a la altura que haga innecesario su empleo, es decir, matándolo antes en las conciencias de los maestros. He aquí el motivo por el cual somos enemigos de toda medida dictatorial de violencia.

El inspector nuevo

El inspector nuevo desdeña la labor del policía, porque entiende que puede dejar de serlo a pesar del Estado. Lucha y trabaja, y no tiene necesidad de descender al detalle—lo otro sería desconfianza—para saber si el maestro está bien orientado en su trabajo. En una conversación general y en una ojeada por la escuela, el inspector nuevo sabe si ha de hacer de auxiliar o de guía del maestro. Es un verdadero hombre de acción, y un mensajero de buenas nuevas. A este inspector, cien vidas que tuviera el peligro se las perdonaríamos todas de buen grado.

La inspección y los maestros

Hay muchos inspectores que son malos porque, al tropezar con maestros que también lo son, en vez de enseñar a éstos cuando no hacen o hacen mal, les resulta más cómodo recurrir a los castigos. En cambio, hay otros inspectores y otros maestros que tienen un concepto muy diferente de su misión.

Desde luego, no debiera haber ningún inspector que por lo menos no estuviera a la altura de los mejores maestros. Tal vez al culto, al alto valor moral, no le haga falta ningún inspector—menos el «policía»—; pero hay que reconocer que si en cada, uno de ellos palpitara el alma de un Giner, pongo por caso, nos parece que todos saldríamos ganando un poco.

Ahora me parece que para esta labor educadora de la inspección cabe pensar si hace falta otra cosa que maestros, buenos maestros, más maestros que los demás maestros.

Si hoy se suprimiera radicalmente la inspección, los que obran por temor a ella, al desaparecer, probablemente vendrían al abandono del cargo—advirtiendo que de la otra manera no se evita, y no sabemos qué será mejor—; pero para los que amamos la profesión y regulamos nuestra conducta con arreglo a conciencia, el inspector bueno no sería un obstáculo, y queremos creer, que para los demás tampoco lo sería.

El
El P
y de
vive
dan

la e
esto

difi

La

La i

per

trab

opo

ren

la la

a nu

tan,

tan

P

cha

tom

El i

Si e

duo

evol

pres

inte

I

fuer

cen

y cr

fica

I

de b

Docum

El Estado y la enseñanza

El Estado acapara la enseñanza y la somete a sus fines particulares de casta y de partido. No busca, como debiera, el bien del niño, sino su reducción. No vive para la Escuela, sino ésta para él. Le interesa que de ella salgan ciudadanos que le sirvan, no hombres libres que sepan gobernarse por sí mismos.

La ciencia del niño señala nuevas rutas en la educación de la infancia, que la escuela habrá de recoger para la mayor eficacia de su misión. Sin embargo, estos caminos nuevos pueden no convenir al Estado, y entonces...

Los padres representarán, a lo sumo, un impedimento transitorio, no una dificultad insuperable. En cambio, el Estado... ordena y manda.

La inspección y el Estado

La inspección podría engendrar un movimiento de regeneración escolar; pero a ello se opondría seguramente el Estado, que representa una serie de trabas e inconvenientes para todo lo que significa evolución y progreso. Se opondría, porque esta evolución de la escuela implicaría un concepto diferente de la vida toda más amplio, más racional y más humano. De aquí que la labor de estos jóvenes inspectores que luchan y laboran haya de tropezar, a nuestro juicio, con un serio peligro: el Estado. Y una de dos: o ellos se adaptan, y en este caso ya no hay inspectores jóvenes, ni nuevos, ni nada, o afrontan la situación, y entonces viene el choque, la ruptura.

Entre estos dos términos extremos cabe uno condicional y pasajero: luchar como profesionales y como hombres para transformar la sociedad y no tomarse muy en serio la misión de policía que encomienda el Estado.

El inspector y el medio

Si el actual sistema de organización social fuera la expresión de los individuos que lo integran, cabría pensar en un cambio continuo, en la medida que evolucionara el pensamiento. Pero si es ajeno a sus componentes, si sólo representa los intereses de una casta y de un partido, no se puede esperar su intervención para tomar un camino determinado en cualquier sentido.

Los pocos inspectores que hoy luchan puede decirse que se han formado fuera del ambiente dominante del país. Pero se han formado, que es lo trascendental, y con su noble impulso y el influjo de su personalidad consciente y creadora, llevado constantemente a todas partes, han modificado y modificarán aún más ese medio reactivo y hostil para las cuestiones de enseñanza.

Lo importante para nosotros es hacer buenos inspectores, dotar a España de buenos inspectores.

El día que esto llegue podemos temer por descontado que el policía desaparecerá para no volver más, y desaparecerá con él toda la roña que nos corroe y denigra. Aquel día podrá decirse que la escuela, ¡al fin!, se ha lavado la cara.

ENTRE REJAS. MAYLÁN Y PETROM

El Socialista 5200 (5 octubre 1925)

Calatayud

P.—Se acabaron las fiestas, Maylán.

M.—Y cada mochuelo a su olivo, Petrom.

P.—¡Eso sí que no!

M.—¿Qué quieres decir?

P.—Que no se fueron todos. Que aún quedan encerrados en los sótanos de esta «casa» siete «mochuelos» que también vinieron a las fiestas.

M.—Bueno; esos no vinieron a las fiestas con ganas de divertirse, sino con intención de apoderarse de lo ajeno.

P.—Venían a divertirse a su modo.

M.—Pero es que divertirse a costa de los demás no hay derecho.

P.—Conformes, Maylán. Pero en este caso...

M.—Calla. Sé lo que me vas a decir. Pero te repito que no hay derecho, so pena de que dejemos que cada cual viva a sus anchas, sin tener en cuenta el interés del prójimo.

P.—Pues yo te demostraré que no tienes razón.

M.—Venga, a ver esa demostración.

P.—Figúrate que el mundo es un castillo de la Edad Media.

M.—Un poco exagerada me parece la comparación.

P.—Para el caso no importa. Mira, en esos castillos había señores y siervos.

M.—¿Sólo?...

P.—¡No, que había también ratones!...

M.—Hombre, eso no tiene importancia.

P.—Sí que la tiene. Verás: Los señores se decían dueños de extensos territorios que habían conquistado en las batallas. Los siervos los cultivaban. Todo lo que producían, era para el señor. Estos recibían en pago a su ímproba labor una mínima parte de los frutos recogidos.

M.—Lo sé, Petrom. Pero veo que te olvidas de los ratones.

P.—No me olvido, no. Los ratones eran como un tercero en discordia. Estos se percataron de que los señores se regalaban con lo que los siervos sudaban, y pensaron para sus adentros: de la misma manera que los señores

comen sin trabajar, podemos comer nosotros.

M.—¿Y consiguieron su propósito?

P.—A medias, porque los señores, dándose cuenta de que los ratones les roían las puertas y socavaban los muros...

M.— Y se comían el queso...

P.—Eso es, y se les comían el queso, pues discurrieron montar un servicio de vigilancia que les ahorrara toda disputa con tan dañinos animalejos.

M.— Y pusieron gatos, ¿no?

P.—Efectivamente.

M.—Pues me parece muy natural.

P.—Natural entonces, en aquellos tiempos medioevos de los castillos y de los señores; pero no ahora, con el barniz de civilización que se da a sí mismo el siglo XX.

M.—Algo hemos adelantado.

P.— El adelanto es más aparente que real.

M.— Si subsisten las causas que impiden que...

P.—Yo no te hablo de causas, sino de efectos.

M.—Pues precisa remontarse a las causas para estudiar las condiciones en que éstas se dan, y modificarlas, si es que de veras queremos que sus efectos varíen también.

P.—Bueno, déjame que te explique; luego ya darás tu opinión.

M.— Sigue, pues.

P.—Te he dicho que el adelanto es más aparente que real. No niego el progreso porque sería absurdo; pero sí que digo que en lo moral el mundo no marcha al compás de lo material. Tenemos medios de comunicación que antes no había; comodidades que no disfrutaron nuestros abuelos; industrias poderosas, grandes empresas y adelantos maravillosos. Pero, en lo esencial, las relaciones entre los hombres, las formas de convivencia social, permanecen invariables. Los señores de horca y cuchillo de la época feudal son los rentistas y capitalistas de nuestros días. Los ratones de antaño son los ladrones de hogaño. Y los gatos se llaman hoy vigilantes, serenos, etc.

M.—La comparación no es justa, amigo.

P.—¿Que no?...

M.—No. En la sociedad hay otras categorías y otros afanes que los señalados por ti. Casi, casi podría decir que eso es lo más visible, por ser lo más sobado de todas las preocupaciones que inquietan al género humano; pero no las únicas ni las más trascendentales siquiera.

P.—Pero son las que más apremian.

M.—Acaso tengas razón.

Calatayud

sótanos de

se, sino con

derecho, so
n cuenta el

es y siervos.

xtensos te-
cultivaban.
su improba

scordia. Es-
; siervos su-
los señores

P.—La tengo, no te quepa la menor duda. Los obreros producen el queso y los señores se lo comen.

M.—Y también los obreros.

P.—Los obreros se comen lo que les dejan los señores.

M.—Pero como está abundante, siempre queda lo suficiente para todos.

P.—¡Alto ahí!... Si hubiera queso abundante para todos, no habría necesidad de que los «gatos» vigilaran a los «ratones» para que éstos no «hincaran el diente».

M.—Los ratones son ratones, y los gatos son gatos. ¡No confundamos, Petrom!

P.—¡Es lo mismo!

M.—¡No es lo mismo!

P.—Los señores quieren tranquilidad para regalarse con el queso.

M.—¡Te repito que no me parece mal!

P.—¡Pues a mí, sí! Porque en la sociedad los que hacen oficio de ratones y siervos son hombres como todos los demás.

M.—Y los que ofician de gatos y señores también lo son.

P.—¿Qué quieres decir con eso?

M.—Que también tienen derecho a la vida.

P.—¡Los capitalistas no producen y los obreros sí!

M.—Pero desempeñan una función.

P.—La función de unos no es igual a la de otros, y, por lo tanto, no pueden tener los mismos derechos.

M.—Tampoco la de los ladrones es igual a la de los vigilantes, y, sin embargo, viven.

P.—Vivir en constante persecución no es vivir.

M.—Porque ellos quieren.

P.—¡Eso no! ¡Porque ellos quieren, no!

M.—¿Por culpa de quién, pues?

P.—Por culpa de los señores y de los guardianes.

M.—Entonces, según tu opinión, les dejaremos obrar libremente...

P.—Mientras el señor coma de lo que produce el obrero, ¿por qué no ha de comer también el ladrón? Son maneras diferentes de vivir del esfuerzo ajeno. Unos y otros comen sin trabajar.

M.—Tu liberalismo no me convence, Petrom. Cada cual no debe hacer lo que le venga en gana, si lo que hace perjudica al resto de la sociedad. Si tú te lamentas de que los señores capitalistas comen sin trabajar, ¿por qué admites que los ladrones, que tampoco trabajan, que tampoco laboran por el bien común, puedan hacer lo propio?

P.—¡Pues por el mismo derecho que les asiste a los otros!...

M.—Es lógica que no me convence.

P.—Pues dejaremos a unos el derecho de disfrutar libremente del patrimonio universal y a otros los condenaremos a morir de hambre.

M.—No es así. Todos tienen derecho a comer, pero ocupándose en un trabajo útil a la sociedad.

P.—¡Y como los señores y sus guardianes no hacen un trabajo útil a la sociedad!...

M.—Dí mejor: Como los señores, sus guardianes y los ladrones! no prestan su concurso para el advenimiento de una humanidad mejor que la presente...

P.—¡Pues deben desaparecer del mundo!

M.—No precisa que desaparezcan. Sobra con que cambien de función, con que den a sus energías una aplicación conveniente y proporcionada a sus facultades y aptitudes,

P.—Eso, en todo caso, será bueno para los que ya desempeñan alguna; pero ¿y los señores que nunca han dado una picada?

M.—Los señores, como los ladrones, por necesidad de su organismo, y cuando no, por exigencias de la colectividad, trabajarán, no te quepa la menor duda. Todo será cuestión de hábito, y ya sabes que el hábito se adquiere.

P.—¿Y quién le pondrá el cascabel al gato?

M.—Los maestros se encargarán de ello.

P.—¿Los maestros? ¡Ja, ja, ja!...

M.—No te rías. Los maestros —tomando la palabra en su concepto más amplio, que abarca desde el político al artista, pasando por todos los que tienen la misión de educar: catedráticos, profesores, maestros propiamente dichos, etc.—harán que los hombres todos, sin distinción, sientan la vocación y adquieran el hábito saludable del trabajo. De esta manera, nadie tendrá que vivir a expensas de nadie.

P.—¡Muy largo me la fías!

M.—Pues es el único camino.

P.—¿El único?

M.—Quiero creer que sí.

P.—¡Tú estás loco!

M.—Déjame, pues, con mis locuras, que ellas constituyen lo mejor de mi vida, el norte y guía de mi espíritu, mi ideal...

CONVERSACIONES

El Socialista 5224 (2 noviembre 1925)

Calatayud

SEPTIEMBRE. CAE LA TARDE. SOBRE EL PATIO DE LA PRISIÓN, DE paredes altas, y lisas, se cierne la luz cansada del crepúsculo. Ha cesado el juego de la pelota. Es la hora del recogimiento y de la meditación. El ambiente invita a adentrarse uno en sí mismo, a reflexionar sobre los hechos presentes, la vida pasada y los tiempos futuros...

Un joven de unos veinte años permanece aislado en un rincón, sentado en el suelo y con la cabeza escondida entre las manos, como si sobre él pesara alguna grave responsabilidad. Otro, recostado en una orilla, contempla absorto cómo se oscurece el azul del cielo.

Por aquí y por allá se ven cruzar, solitarios, en todas direcciones, algunos presos, con las manos metidas en los bolsillos y atentos solo a la idea que les domina.

Varios se han agrupado alrededor de unas escalerillas que dan acceso al patio. Son los profesionales del robo. No tienen a quién dedicarle un pensamiento, y se reúnen para charlar, para no sentirse tan solos.

Por eso gritan tanto al hablar. Gritan por cualquier motivo y sin entenderse. Y es que les faltan ideas y les sobra miedo. Miedo de oírse ellos mismos, principalmente.

Yo les he visto pasar horas y más horas alborotando en conversaciones tan sin sustancia como los toros, las cupletistas y el salmón.

Estos desgraciados, que la sociedad arroja de su seno por considerarlos nocivos a sus intereses, en vez de rehabilitarse con un régimen adecuado de actividad y buen trato, se van haciendo poco a poco a una vida mísera, de holganza del cuerpo y del alma.

Lo que más se nota en ellos es la falta absoluta de método, de disciplina interior, de hábito de trabajo. Pero lo terrible, lo que llama poderosamente la atención, aunque parezca extraño, es la carencia de verdadera apetencia de libertad. Son como seres inferiores, que no se sienten llamados a cumplir ninguna misión en este mundo. Están llenos de rencores y de odios. Por la menor cosa llegan a las manos, y luego, ante el castigo, son capaces de humillarse hasta la degradación.

Creen que las cosas ocurren fatalmente, y que ellos son lo que son porque en el mundo ha de haber de todo. Ni una chispa de ideal, ni una aspiración noble y elevada. Sin ilusiones, sin esperanzas, sin grandes afanes, sin deseos de vivir la vida plenamente... ¡Qué horror! Su único empeño consiste en ir

tirando con el menor esfuerzo posible. Yo pienso también que la Sociedad los condena fatalmente a ser lo que son, con todas sus leyes, todos sus códigos y todo su aparato de seguridad y protección a la vida del hombre.

* * *

Aparecen en lo alto las primeras estrellas. Un cuarto de luna asoma por encima de los tejados de la cárcel. En el centro del patio se oye una conversación animada, que no es de toros ni cupletistas. ¡Cosa rara! Se habla de Dios. Todos nos congregamos en torno del grupo. Unos niegan su existencia, mientras otros la afirman, sin aportar razones, igual que si se tratara de dar valor al «Gallo» o de restárselo a la Ofelia. Algunos, más explícitos, dicen que debe haber «un algo» que gobierne el mundo, que rija al movimiento de los astros y que disponga de nuestras vidas. Otros aclaran el concepto y añaden que «ese algo» es la Naturaleza, que con sus leyes de equilibrio (movimiento y atracción), mantiene todas las cosas en el más perfecto orden. Hay uno que discrepa del sentir de todos ellos, y les habla de esta manera

—Yo no niego ni afirmo que ese Dios que habita en los cielos, según nos dicen, infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas, que premia a los justos y castiga a los malos, exista o no. Es un poco difícil el averiguarlo, y por otra parte, de escaso interés para los que tenemos la vista puesta en las copas de este mundo.

Lo que sí se puede asegurar, sin temor a equivocarse, es que ese Dios no existe en el corazón de los hombres. Porque habéis de saber que Dios ha descendido de su trono celestial para fijar su morada entre los humanos.

Esa grotesca figura del Dios-momia o del Dios-barbudo con que nos lo representan los cristianos repugna a su dignidad de rey y señor de todo lo creado. Por eso se ha hecho hombre, y exige de éste menos rezos y más calor de humanidad, menos contemplación y más cordialidad, no tantas genuflexiones y un poco más de moralidad.

¿Qué inconveniente hay en aceptar ese Dios que está en el hombre bueno, que anima su vida, que alienta su esperanza, que da luz a su cerebro y calor a su corazón, que le hace sentir la belleza, que le incita a descubrir la verdad, a poner en todos sus actos la visión eterna de las cosas, a hermanar a todos los seres humanos: que es el hombre mismo, purificado y sublimado por un soplo ardiente de idealidad? ¿Quién es el insensato que se atreve a rechazar un ser tan bondadoso, tan sublime, tan ideal?

Por desgracia son muy pocos los que se sientan inspirados por Él. Todavía Dios no ha penetrado en el corazón del hombre. El día en que Dios y hombre

sean una misma cosa, aquél día, ¡oh felices mortales!, habrá justicia, sobre la Tierra. Y en habiendo justicia, habrá pan, habrá amor, habrá tolerancia y habrá libertad...

Y entonces tú, que hoy robas un pan, una gallina para poder comer, no tendrás necesidad de violentar ninguna ley para conseguirlo.

Y tú, que consciente o inconscientemente asesinaste al padre que te engendró para librarte de ir a la guerra, no te verás en el trance de tener que atentar contra la vida de nadie, porque un lazo fraternal unirá a todas las criaturas, y la paz se hará en los corazones.

Y tú, joven expósito, que vas a cumplir una condena de diecisiete años por haber exigido amor a una mujer, si Dios viviera en los hombres, no carecerías de padres que te alimentaran y te proporcionaran los medios para una educación conveniente y apropiada; no te faltaría una profesión con que subvenir a las necesidades de la vida, y, desde luego, no te verías en la precisión de tener que tomar por la fuerza lo que se te daría de buen grado y con creces.

Y tú, que por blasfemar te hallas en este recinto, si Dios presidiera las acciones de los hombres, no hubieran faltado maestros cariñosos que te hicieran comprender la grandiosidad que encierra esa palabra, en vez de las tonterías sin sentido que ahora pretenden enseñarte.

Y yo, en fin, que también me encuentro a vuestro lado, si hubiera entre los hombres la tolerancia debida [línea borrada por la censura] si no hubiera intereses creados de espaldas al interés común, si por encima de los egoísmos particulares se pusiera el bien de todos, si no deseáramos para los demás lo que para nosotros no queremos, si en vez de las palabras odio, venganza y guerra, reinaran las de paz, amor y justicia, que es tanto como decir si reinara Dios... [línea borrada por la censura] ni tú, que lo estás por robar; ni aquél, que lo está por matar; ni éste, que lo está por exigir amor; ni ése, que lo está por blasfemar, nos veríamos privados del don más preciado con que la Naturaleza dotó al hombre: la libertad.

H

D
tes,
pone
min
esteU
min
libreF
teré
tido
la pr
del cE
sas n
refo
requL
de nL
escu
situ
sia e
despL
Con
a suL
excl
algo

Docum

CUESTIÓN PALPITANTE

EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN

El Socialista 5296 (25 enero 1926)

ES EVIDENTE QUE TODAVÍA LOS HOMBRES NO NOS HEMOS PUESTO de acuerdo para organizar la vida en común, de manera tal que lo mismo las necesidades materiales que las intelectuales y morales queden satisfechas en todos sus individuos.

De esta desavenencia nace el que unos hombres, más osados o más fuertes, impongan condiciones de existencia a los demás. Estas condiciones suponen el predominio de los intereses de los que se erigen en directores y administradores de la cosa pública y el acatamiento, sin protestas, de los que de este modo vienen a ser los dirigidos y administrados.

Una acción social que liblara a los hombres de una dirección y de una administración que no les hace falta para vivir su vida de hombres racionales y libres, sería una labor altamente educativa, digna de la especie.

Pero, lejos de eso, el Estado, para mantener una situación tan fuera del interés general de los hombres como representan sus privilegios de casta, o partido, difunde el engaño, propaga el error, y, si lo cree conveniente, amordaza a la prensa, impide la libre exposición del pensamiento, priva a los ciudadanos del derecho de reunión y asociación y paraliza la vida toda de un pueblo.

En estos últimos años, en que las luchas sociales han originado en diversas naciones asaltos al Poder por minorías audaces, hemos visto el prurito de reformar la vida dictando leyes y regulando las costumbres en el sentido que requiere el particular criterio de les asaltantes.

Las instituciones, como los hombres, sólo han hallado verdadera libertad de movimiento en cuanto se han sometido a la voluntad de sus dominadores.

La escuela no se ha librado de esta intervención autoritaria. Y es que la escuela representa para ellos el medio que ha de permitirles consolidar su situación en el mañana. Seguramente, en ninguna otra nación como en Rusia esta intervención ha sido y es tan rígida, tan exterior, tan superficial, tan despótica.

Por todos los medios se trata de influir en el niño para hipotecar su porvenir. Con estampas, con cantos, con lecciones falsas... No se tiene el menor respeto a su debilidad y a su delicadeza infantil. ¡Hay que apoderarse de él a toda costa!

El maestro es el principal factor, Inconsciente, de ese aprovechamiento exclusivo de la infancia. No se le ocurre pensar que está en la escuela para algo más que para servir de instrumento a los afanes desmedidos de sus go-

bernantes. Coarta la acción de los niños, restringe su libertad, obliga al silencio; trata en masa a los escolares, con mengua de la personalidad y de las características individuales de cada infante; mantiene una disciplina de rigor, que somete y reduce a los muchachos a la obediencia más servil. Es un verdadero tijeras, que va podando poco a poco todos los brotes espontáneos que surgen de la naturaleza del niño, para obtener de ellos la forma humana que precisan sus amos.

La escuela deja de ser taller o laboratorio, para convertirse en fábrica. Una fábrica que produce niños blancos o rojos, negros o amarillos, según los deseos del «fabricante mayor del reino».

La escuela representa la negación del niño. Su acción es verdaderamente criminal. La justicia de hoy no hará sentir su fallo sobre la sociedad que nos administra y rige; pero la posteridad, juez más segura o infalible, no lo dejará impune.

Es hora ya de que nos preguntemos si nuestra labor es labor de esclavos o de hombres libres. Si somos maestros para servir los intereses del Estado, llámese éste como se quiera, o los del niño.

Estamos seguros de que no es en el acatamiento sumiso a las formas de gobierno donde radica el porvenir de un pueblo. El Estado nunca ha sido la expresión de lo mejor, y aunque lo fuera habría que destruirlo, haciéndolo innecesario, por una evolución ascendente de la Humanidad, pues sólo entonces, y en una organización que de los individuos dependa, cabrá el desarrollo libre de todos los seres humanos, la satisfacción de todas las necesidades, el verdadero disfrute de la vida.

No se ha de preparar a un pueblo para hacer posible la existencia de un Estado determinado, sino que, por el contrario, debe ser el Estado el que se acomode a las exigencias, a la evolución de un pueblo.

Si, la Humanidad puede ensayar nuevas formas de organización social más en armonía con su naturaleza y sus anhelos de vida, ¿por qué no ha de hacerlo?

¿No vemos cómo hay grupos de hombres que se asocian para sus fines, sin más reglamento que su conciencia, sin otro guía que su razón, sin más religión que hacer siempre el bien, como si quisieran decirnos con su conducta que existe la posibilidad de una existencia ideal, libre de las trabas que hoy mantienen a la Humanidad oprimida y agobiada?

¿No sería más equitativo y más justo hacer de las leyes naturales, las únicas que verdaderamente pueden obligarnos, la norma general de convivencia humana?

Todas las instituciones han sufrido transformación en la Historia, y las sufrirán las que hoy tenemos, pues de lo contrario equivaldría a decir que nos

habiam
aliente
querer

Día l
tonces l
sión ed
viques,
Niños d
que ap
del deb
energía

Ente
amor a
ra. Será
drán se
de orie
cuela, r
arte int
de enno

I

en los
dagógi

Exa
to, y d
tenta c
mente

Es
escola
por alt
que co

habíamos estancado o petrificado, cosa que no es posible mientras haya quien aliente y se sienta correr la sangre por sus venas. Por esto resulta abrumador querer oponer diques de contención a las justas aspiraciones de los hombres.

Día llegará que los intereses del pueblo serán los intereses de todos, y entonces la escuela surgirá potente e irradiadora, como un sol, a cumplir su misión educadora. Misión, que no consiste en fabricar niños fascistas o bolcheviques, sino en lograr niños perfectos. Niños activos, laboriosos, originales. Niños diferenciados por su carácter, por sus aficiones, por sus gustos. Niños que aporten al conjunto humano el matiz de su personalidad, la conciencia del deber y el sentimiento de su responsabilidad. Niños plétóricos de vida, de energía, de entusiasmo...

Entonces, también, los maestros irán a la profesión por vocación, por amor a la infancia, por realizar su idea, y no por matar el hambre, como ahora. Serán verdaderos artistas y no unos forzados del trabajo. No se propondrán seducir a la infancia, sino obedecerla; no tratarán de conducirla, sino de orientarla por el camino que señale la ciencia. Verán en la obra de la escuela, no un arte prostituido y degenerado por la coacción exterior, sino un arte íntimo, sublime, libertador, verdaderamente humano, capaz por sí solo de ennoblecer la vida.

RÉPLICA

El Socialista 5320 (22 febrero 1926)

DON JOAQUÍN, XIRÁU, PROFESOR DE FILOSOFÍA EN BARCELONA, ha publicado en «Revista de Pedagogía», en los números correspondientes a los meses de junio y diciembre últimos, sendos artículos, en los cuales refleja las inquietudes y luchas de nuestros tiempos en los dominios del pensamiento, particularmente en su aspecto social y pedagógico.

Examina la concepción filosófica del mundo que nos trajo el Renacimiento, y de acuerdo con esa concepción subjetivista y humanista de la vida, intenta dar normas de aplicación al problema social, del cual depende directamente el problema de la educación.

Es innegable la trascendencia de estas cuestiones para el futuro social y escolar. Por esta razón, aunque un poquito tarde, no queremos dejar pasar por alto algunas afirmaciones que salen de la pluma del señor Xiráu, a la vez que contribuimos con nuestro esfuerzo a aclarar sus dudas; dudas que a estas

alturas no conviene sembrar, sino desvanecer. Demasiado confusos son ya de por sí los tiempos que corremos.

Dicho señor se nos presenta como un hombre preocupado por las consecuencias desastrosas del subjetivismo relativista en todos los órdenes de la cultura, pero más especialmente con lo que afecta a la cuestión política y social. Y se pregunta:

«¿Cómo establecer una comunidad cultural con independencia humana, una jerarquía de valores, sin suprimir la libertad y la originalidad personal?»

Difícil problema, imposible de resolver de una manera digna. La autoridad y la libertad no pueden ponerse de acuerdo, no se las puede amalgamar, aunque para ello se las disfrace con el ropaje de la cultura y de los valores jerárquicos. Entre la libertad y la autoridad hay oposición de principio, y por más vueltas que se le dé al asunto, no se logrará hacer que convivan juntas con la realidad social.

«La libertad es un alto valor», nos dice. Y añade: «Lo es también una organización cultural perfecta y una jerarquía que oriente y dé firmeza a las tareas de la vida humana.»

La cosa no ofrece dudas. Por un lado se desea libertad. Por otro, autoridad, esto es, «una jerarquía que oriente y dé firmeza a las tareas de la vida humana».

Esto es absurdo. Un régimen de libertad excluye todas las jerarquías. Y viceversa: esta jerarquía que ha de dar firmeza a las tareas de la vida supone por sí sola la negación de la libertad.

Jerarquía, en el orden político, supone mando, poder, dictadura. Dictadura, poder o mando ejercido por espíritus egregios, por minorías selectas, si se quiere; pero dictadura al fin.

Por muy superiores que sean estos individuos—y de ello habría mucho que hablar—, su misión no deberá nunca consistir en llevar las riendas del Poder, sino en suprimirlas. Mientras haya riendas esto es, individuos que conducen e individuos que son conducidos, habrá injusticia sobre la tierra. La conducción, que está justificada en los animales inferiores, no lo está en el hombre, ser dotado de razón, capaz de guiar su voluntad, de disciplinar su espíritu, de gobernarse por sí mismo, de darse la ley interior que determine su conducta.

En la colectividad humana habrá de todo: hombres que se bastarán ellos solos para producirse normalmente, y otros que necesitarán del apoyo, de la ayuda, de la colaboración de los demás. Pero nótese bien que decimos apoyo, ayuda o colaboración, y no hablamos para nada de conducir, de sustituir o de suplantar, que el gobierno de unos por otros requiere.

Para nosotros queda bien determinada la posición de estas minorías selectas. Consiste en enseñar a caminar por cuenta propia a los que no hubie-

sen a
en el
Ta
basac
gran l
derec
No
funci
tra N
evolu
En
igual
junto
nada
sus tr
le pro
bién l
homb

Eleva
impor
dor. E
rio al c

Per
bierno
despre
profes
obra «
en la c

«E
gués, i

Per
profes
anarqu
estable
una nu
del gri

Documentos

sen aprendido, de tal suerte que estos individuos rezagados sepan ordenarse en el seno de la sociedad sin necesidad de andadores.

Tal vez se nos arguya que la jerarquía tiene una función social a realizar, basada en la constitución biológica diferenciada de los individuos que integran la especie humana. Pero esto solo es un sofisma para hacer prevalecer el derecho del más fuerte.

No se puede sacrificar una parte del cuerpo social, reservando a unos la función de cerebro y a otros el trabajo de músculo. Eso sería un atentado contra Natura. ¡Para algo llevamos todos en la cabeza una porción más o menos evolucionada y voluminosa de masa encefálica!

En la colectividad, como en el cuerpo humano, todas las funciones son igualmente necesarias. Todas son indispensables para la armonía del conjunto. Sin los brazos que ejecutan la máquina y la ponen en marcha, no serían nada las concepciones del sabio. Es más. Para que el sabio pueda dedicarse a sus trabajos de investigación y de creación personal, preciso será que otros le proporcionen no sólo los útiles especiales que le hagan falta, si que también los medios para poder vivir. Y esto, contando con la inteligencia de los hombres-músculo, ¿no?

* * *

Elevando la visión individual de las cosas a concepto único y oponiéndolo o imponiéndolo a los demás, se llega al individualismo más autoritario y aislador. Es decir, a colocar por encima de la sociedad al individuo; nuestro criterio al criterio ajeno.

Pero este individualismo fiero, que nos conduce al absolutismo, al gobierno de uno, a la Monarquía, no nos lleva para nada a la anarquía, como se desprende del escrito del señor Xiráu. Véase lo que dice a este propósito el profesor del Instituto de Estudios Superiores de Bélgica, Pablo Gille, en su obra «Esbozo de una Filosofía de la Dignidad humana», editada no ha mucho en la ciudad condal:

«Ese autoritarismo del Yo, ese absolutismo egoísta, principio del mundo burgués, individualista, es la negación de la anarquía, a la cual nosotros tendemos.»

Pero el señor Xiráu cae en el prejuicio social —muy corriente entre los profesores españoles— de confundir el absolutismo y el desorden con la anarquía. «Contra el desorden anárquico de la monarquía absoluta es preciso establecer un orden puro», dice. Y luego: «¿Cómo organizar sobre la anarquía una nueva sociedad?» Sin tener en cuenta que la palabra «anarquía» viene del griego «a», que significa «sin», y «arquía», «gobierno». Es decir, no gobier-

no, no autoridad. Que no es absolutismo ni es desorden; no es confusión ni es caos. Es el orden más perfecto en la libertad integral.

Donde no hay anarquía, sino monarquía, no puede haber desorden anárquico, sino todo lo contrario: desorden monárquico. Individualismo, monarquía, poder absoluto, desorden, conforme; pero no anarquía. Anarquía es expresión de conjunto. No es fuerza, sino derecho. No es razón de uno, sino razón de todos.

Pero estas cosas debe ignorarlas, por lo visto, el señor Xiráu.

* * *

Es cierto que todavía no hemos sabido constituir un orden social en que a la autonomía individual se asocie la solidaridad sin imposiciones de nadie. Pero entendemos que la jerarquía, en el orden político, es una forma del individualismo que, como éste, excluye la solidaridad y conserva el privilegio.

La voluntad de uno, del individualismo absoluto, es sustituida aquí por la de una categoría social, por la jerarquía, que dirige y gobierna la vida. Con lo que se corre el riesgo—aparte lo irracional de su funcionamiento— de que los mejores abusen de su superioridad sobre los débiles, sobre los peor dotados.

Ahora bien; ¿cómo organizar, pues, sobre el desorden de la monarquía—no de la anarquía—un nuevo orden que permita la libertad de movimientos de todos sus miembros?

La organización de una nueva sociedad sobre el desorden de la monarquía no estriba, a nuestro entender, en una función de poder y autoridad, sino de armonía y libertad.

La libertad racional y humana sólo puede hallar su límite en la razón y en la libertad de los demás o en la propia naturaleza.

La libertad absoluta de los individualistas del libre albedrío puede encontrarla en un sistema de jerarquías, es decir, en la voluntad de una minoría que se erija en dictadora.

El examen de la vida nos da el siguiente resultado:

Somos seres activos, con actividad propia, con actividad creadora. Somos seres pensantes, capaces de abstraer, de razonar. Somos también seres sociables. La vida se manifiesta autónoma e independiente; pero a la vez asociada y armonizada, tramando ligaduras que la hacen dependiente una de otras.

Los que crean que somos pasivos, receptores, incapaces de darnos nuestra ley interior; los que crean que todo depende de una causa primera que lo ordena y dispone, harán bien de responder en la realidad social y escolar con sus ilusiones absolutistas, autoritarias y fatalistas.

Pero
comple
da mut

La s
criterio
sociedad
debe po
el bien

No
cuerpo
del pre
está en

Nad
organiz
individ
compa
magna

L

va, y, p
la vida
del ten
tad. La
valdría
el may

Y b
que de
guna a
¿por q
los der

Pero los que, por el contrario, creemos que la vida solo es un complejo de complejos, entendemos que debe ser la tolerancia, el respeto mutuo y la ayuda mutua el nervio de nuestras acciones.

La solución es bien sencilla: no sobreponer nuestro especial criterio al criterio de los demás, el pensar propio al ajeno. No colocar por encima de la sociedad al individuo, la secta o el partido. Antes bien, el pensar individual debe ponerse de acuerdo con el pensar de los demás. Es el bien de la sociedad, el bien de todos, lo que debe buscarse, y no el de una minoría.

No debe ser nuestro objetivo jerarquizar los elementos integrantes del cuerpo social, sino armonizarlos. No dividirlos, sino asociarlos. No se trata del predominio de unos sobre otros, sino de la armonía del conjunto. El poder está en la razón de cada uno.

Nada de puestos directores ni de que sean ocupados por los mejores. En la organización social, como en la escuela, no debe haber directores y dirigidos, individuos que manden e individuos que obedezcan, sino seres «humanos», compañeros e iguales, con razón, para entenderse y colaborar todos de la magna obra de la evolución universal en la evolución consciente de la especie.

ENSAYOS

ORDEN Y OBEDIENCIA

El Socialista 5356 (5 abril 1926)

LOS DEFENSORES DE LO ESTATUIDO, LO MISMO EN FRANCIA QUE EN la China, dicen que para que haya orden en una sociedad son necesarias leyes y más leyes que regulen los acciones de los hombres. El hombre es como un caballo desbocado, que no sabe por dónde va, y, por lo tanto, necesita riendas que lo sujeten y le guíen por el camino de la vida. «El hombre es malo, dicen, y no se le puede dejar en libertad. Precisa del temor de un Dios o de los hombres para que no haga mal uso de su libertad. La libertad, en una sociedad de hombres sin Dios y sin Gobierno, equivaldría al caos.» Por eso, para ellos, la anarquía, que es la máxima libertad, es el mayor desorden.

Y bien, ¿no decimos que la Naturaleza es el desorden ordenado, esto es, que dentro de la libertad en que viven y se desarrollan todos los seres, sin ninguna autoridad que regule sus funciones, existe la mayor ordenación? Pues ¿por qué sólo el hombre, para realizar sus fines, necesita de las trabas que a los demás seres inferiores no les hacen falta?

¡Oh ingenio maravilloso del hombre! ¡Cuánto necesitas discurrir para sostener la injusticia sobre tu reino!

Si los demás seres de la Naturaleza viven y se reproducen libremente, el hombre, que también es ser natural, podría hacer lo mismo. Lo haría mejor, porque, siendo razonable, se pondría de acuerdo con sus semejantes para auxiliarse mutuamente en sus trabajos. Pero se pretende mantener un régimen de excepción que dé a unos cuantos lo que a todos corresponde; que unos trabajen para que otros coman. Y ésta es la causa, ésta es la injusticia y éste es el desorden por el cual, para mantenerlo, se hacen necesarios todos esos medios, todas esas leyes, todos esos embustes y todos esos crímenes que en nombre de la justicia y del orden se cometen.

Cuando el hombre, en vez de obedecer las leyes hechas por los hombres, sólo acate las naturales, la sociedad se desenvolverá sin jefes ni mandones.

Esta obediencia que preconizamos no encierra ninguna contradicción de cuanto llevamos dicho, porque no implicará nunca negación de la personalidad del hombre y de su posibilidad de ser, el reconocimiento más grande de su propia libertad. Y no se desbocará, porque entonces será más naturaleza y, por lo tanto, más influenciado por ella. Y sabido es que en su seno todo permanece en el más perfecto orden, dentro de la variedad múltiple de cada uno.

* * *

Cuando los móviles que inducen al hombre al cumplimiento del deber, en su más amplio sentido, son producidos por la amenaza de un castigo, no puede decirse que quien lo ejecuta sea un ser moral ni que haya verdadero orden, puesto que en cuanto aquél desaparece se produce el desorden.

No hay orden en una sociedad en que no se mata, en que no se roba, en que no se injuria sólo por el temor a las consecuencias punibles del hecho. Tampoco hay orden en una escuela en que los gritos del maestro o los golpes de la palmeta dejan al niño inmóvil. Orden de cementerio no es orden. Orden de fiera enjaulada no es orden. No puede haber orden donde no hay trabajo agradable, donde no hay atención concentrada en algo que nos produce placer. No puede haber orden donde las necesidades físicas y espirituales no se satisfacen. La escuela, que contradice la naturaleza del niño, tendrá sumisión, pero no orden. La sociedad que mediante el trabajo personal de todos sus miembros no se procure los medios de llenar la vida de cada uno de sus individuos, tendrá sumisión, pero no logrará verdadero orden.

* * *

El or
es la
meti
T
mana
dena
desor
de qu
moda
con e
A
en co
pren
que s
Y
lo est
acue
caso
[E
C
tra p
diata
cons
a la N
esto
cono
desig
parte
no p
influ
C
ador
E
ralez
a un
lítica
brill

discurrir para

libremente, el
o haría mejor,
antes para au-
er un régimen
nde; que unos
justicia y éste
os todos esos
menes que en

los hombres,
mandones.
tradición de
e la personali-
más grande de
más naturaleza
eno todo per-
e de cada uno.

el deber, en su
igo, no puede
ladero orden,

no se roba, en
es del hecho.
o los golpes
orden. Orden
no hay traba-
nos produce
pirituales no
tendrá sumi-
onal de todos
la uno de sus

El orden proviene de seres ordenados interiormente. Lo que llamamos orden es la expresión de un contenido real de las cosas, cuando no quiere decir sometimiento a la autoridad del Estado.

Todo orden exterior, público, exige un orden interior humano. Este es el manantial de formas ordenadas. La prueba está en que al lado del hombre ordenado interiormente no puede haber nada en desorden. Por el contrario, el desordenado interiormente no puede poner orden en sus acciones. El hecho de que estos hombres desordenados sean los que con más frecuencia se acomodan a un orden legal establecido, denota la consonancia de su desorden con el desorden estatuido.

Al hombre desordenado se le conoce porque todo en él y alrededor de él vive en completo desbarajuste: sus ideas, sus actos, el régimen de vida, el aseo, las prendas de vestir, los útiles de trabajo, etcétera. Esto lo demuestra el hecho de que siempre necesiten de «criados» que les pongan las cosas en orden.

Y es que no puede haber orden donde no hay obediencia. No obediencia a lo estatuido, que es desorden, sino a la Naturaleza, a sus leyes. Si vivimos de acuerdo con ellas, seremos ordenados; si queremos, por el contrario, hacer caso omiso de ellas, necesariamente tendremos que ser desordenados

[Párrafo borrado por la censura]

Conocer las leyes por las cuales se rige la vida toda del Universo y la nuestra propia es el primer acto en el camino de la ordenación. Prestarle inmediatamente nuestro acatamiento es comenzar a vivir ordenadamente. Para conseguirlo es indispensable amar lo que nos proponemos conocer. Amemos a la Naturaleza y acabaremos por conocerla y por sentirla. Una vez conocida, esto es, una vez que sepamos los beneficios morales y materiales que de tal conocimiento podemos extraer, vendrá la obediencia, la realización de sus designios, que también son los nuestros, porque también nosotros somos parte de ese gran todo que llamamos Naturaleza, pequeños microcosmos que no podemos sustraernos a sus leyes de atracción y movimiento, es decir, a su influjo.

Con los niños debe ocurrir otro tanto. Primero, amar la infancia, exaltarla, adorarla, y luego, conocerla. Conocerla y amarla, y después, obedecerla.

Ese es el camino que debemos seguir si no queremos contrariar su naturaleza, si no queremos hacer seres desordenados, si no queremos dar lugar a una civilización ficticia, creada por nuestras preocupaciones sociales, políticas o religiosas; si queremos que en todo momento la verdad y el orden brillen sobre la mentira y el desorden.

INDIVIDUALISMO Y SOCIALISMO

El Socialista 5392 (17 mayo 1926)

EL HOMBRE SE HA MANIFESTADO SIEMPRE COMO UN SER SOCIAL. Desde los tiempos más remotos, obedeciendo a una necesidad de su naturaleza, ha buscado la compañía de sus semejantes, constituyendo sociedades rudimentarias, primero, como el clan o la tribu, y luego más complejas, como la comunidad rural y la comunidad civil.

La atrofia de su cerebro, la falta de una cultura humana bien orientada le ha llevado a pronunciarse rotunda y categóricamente en todos los sentidos. Ha imaginado seres fantásticos; se ha explicado los fenómenos naturales de la manera más arbitraria. Las cosas más absurdas han sido para él verdades inconcusas. La idea absoluta del Dios omnipotente y la no menos absoluta del poder de los reyes y emperadores son de esta índole. Creencias, afirmaciones y supersticiones que han sido transmitidas de generación en generación y que todavía hoy no se han desterrado por completo.

Estas verdades absolutas e indiscutibles del mundo religioso y político son de una necesidad imprescindible para los que no saben apreciar y distinguir el valor relativo de todas las cosas. Son la solución a los problemas fundamentales de la vida, que les ahorran todo esfuerzo mental. ¡Soluciones, soluciones!, gritan los cerebros enmohecidos. Los titubeos, las dudas, los tanteos, la frase entrecortada y el diálogo a media voz comienzan con el ejercicio trémulo de la razón; es privilegio exclusivo de los seres pensantes, que, por desgracia, son aún minoría. Sólo así se explica cómo el hombre ha podido contribuir a fomentar organizaciones sociales tan fuera del interés común como son todas las que han venido sucediéndose hasta la fecha.

Porque resulta un hecho su instinto de socialidad y lo es también su estado de servidumbre en todas las épocas. El hombre no ha constituido nunca un fin en sí mismo. Su papel, todavía hoy, no pasa de ser un mero instrumento. El Estado, el dios laico de los tiempos modernos, al igual que las instituciones religiosas de la Edad Media, pretende reducir al hombre a simple cosa. El Renacimiento, que dio al hombre todo su valor y exaltó su personalidad, sin elevar a la par su razón, nos trajo como consecuencia la visión absoluta de las cosas, imponiendo las cualidades fuertes y dominantes sobre las buenas y sociables. El imperar de los Felipes, de los Bonaparte, de los Guillemos, de los Lenín y de los Mussolini son la confirmación de nuestro aserto.

En los regímenes de las sociedades, ya sean éstos comunistas, republicanos o monárquicos, la exaltación de la personalidad, que da origen al indivi-

dualism
no, lleva
lugar, po
negativo

Pero
ra del in
otro mu
la expre

Muc
hombre
nifiestan
tiende a
insustit
var un t
por la e
especie
bustos r

El in
de orde
él para
cualida
pretenc
tienen
grosero

Sí; in
inheren
aptitud
para im

Las
reinteg
especie
una der

Si es
desde e
los dem

Vivi
cimien
de que,
materia

dualismo absoluto del Poder y al empleo de la fuerza como norma de gobierno, lleva consigo aparejada la negación de la personalidad humana, dando lugar, por un lado, a un individualismo feroz, absoluto, y por otro, a un estado negativo de la sociedad, a un socialismo absoluto también.

Pero no es a este socialismo ni a este individualismo que se proyecta fuera del interés individual y colectivo al que queremos hacer referencia, sino a otro muy diferente que palpita en el seno de la Humanidad y que constituye la expresión de la naturaleza individual del ser humano.

Mucho antes de que la Revolución francesa proclamara los derechos del hombre y del ciudadano, ya afirmaba Bacon que en todos los individuos se manifiestan estas dos tendencias intuitivas: la individual y la social. La una, que tiende a la conservación del individuo, y la otra, a la de la especie. Ambas son insustituibles; pero la social reviste más importancia, porque tiende a conservar un todo mayor, y además porque supone una fuerza superior en la lucha por la existencia. La prueba está en que cuando esta tendencia se debilita, la especie corre el riesgo de perderse. Claro está que sin individuos sanos y robustos no puede haber una sociedad fuerte y armónica. Esto, por descontado.

El individuo, como ser viviente y dotado de inteligencia, tiene necesidades de orden material y espiritual que satisfacer. El egoísmo que se manifiesta en él para llenar estas necesidades primordiales y las que hacen referencia a su cualidad de hombre inteligente será un egoísmo natural y sano. Ahora bien; si pretende lograrlo a costa de los demás o impidiendo el libre desarrollo a que tienen derecho igual sus semejantes, entonces será un egoísmo torpe, brutal, grosero.

Sí; individualistas en el sentido de querer el desarrollo de las facultades inherentes al ser humano, de sus cualidades peculiares, de sus gustos, de sus aptitudes, de sus aficiones; de lograr la plenitud de su «yo» personal; pero no para imponerlo a los demás, sino para colaborar con ellos en la obra común.

Las tendencias sociales del individuo le sacan de su «yo» egoísta para reintegrarle al medio social de que forma parte. La superioridad de nuestra especie, el progreso, la cultura, las comodidades de que puede rodearse son una demostración de las ventajas que el hombre obtiene de la sociabilidad.

Si es egoísta en cuanto afirma la necesidad de ser él mismo, es altruista desde el momento en que su actividad la gasta y la derrocha en beneficio de los demás.

Vivir. He aquí la manifestación vital del individualismo, esto es, el reconocimiento de que se es un centro productor e irradiador a la vez de energía, y de que, como tal centro productor, requiere el combustible de índole moral y material necesario para alimentar la máquina viviente.

El trabajo es una forma de contribución social. El individuo que no paga de alguna manera a la sociedad los beneficios que de ella recibe, no obra bien. El que mata su individualidad, sacrificando su vida, tampoco obra bien. Es muy difícil que un hombre pueda vivir, y vivir plenamente, como le pertenece, si no se siente doblemente satisfecho. El que toma del común lo que necesita y da cuanto puede, podemos decir que se produce normalmente.

Bastarse a sí mismos para ser el ideal de las individualidades fuertes, bien organizadas. Pero esto, además de resultar imposible, lo consideramos como elemento destructor de cuanto más bueno pueda haber en el individuo; a saber: el sentimiento de solidaridad, el afecto, la simpatía, la cooperación, la ayuda mutua, la correspondencia recíproca.

El individuo es un todo en sí mismo, es cierto, y por lo tanto viene obligado a llenarlo; pero a su vez es parte integrante de otro todo mayor, la sociedad humana, y como tal debe realizar la función que como miembro de ese cuerpo social le corresponde.

El ideal sería ver lograda la plenitud del individuo para el mejor servicio de la colectividad.

En este ideal, tal como lo hemos esbozado, hallamos el fundamento de una nueva organización social, de un Socialismo racional y humano, libre de todo absolutismo, que, sin cercenar para nada los intereses sagrados del individuo, sea la más segura garantía del progreso y bienestar de los pueblos.

En un próximo artículo hablaremos de las tendencias individuales y sociales en los niños, y de cómo la escuela, en vez de contribuir a su desarrollo, las trunca miserablemente.

TEMAS PROFESIONALES

LA CLASIFICACIÓN ESCOLAR

El Socialista 5540 (6 noviembre 1926)

Villablino

DE ENTRE LOS MÚLTIPLES PROBLEMAS QUE LA VIDA EN LA ESCUELA presenta al maestro, hay uno que considero sumamente delicado y de una importancia extraordinaria. Me refiero a la clasificación de los niños.

Por regla general se realiza ésta teniendo en cuenta la capacidad del muchacho o el grado de su cultura. Sin otras consideraciones de índole moral, esta clasificación subsiste luego en cada sección o grado, de manera tal que

los niños
una pa
van a lo
memor
Natur

Cor
si la vic
dotado
lucha y
clasific
el peor

Ade
a cabo
deshen

De
hace n

Hay
la pref
desviv
niños,

Cu
de una
social,
des po

Ver

cia qu
todo; c
denar
sus as
labore
les llev
mo, qu
ser pa

Por
recier
sintie
sus ca
las ma
lleva a

los niños de inteligencia despejada, de memoria feliz, de espíritu abierto, en una palabra, de naturaleza más privilegiada, ocupan los primeros lugares, y van a los últimos puestos los retrasados, los perezosos mentales, los de escasa memoria y difícil comprensión, los que no tuvieron la fortuna de recibir de la Naturaleza los dones que favorecieron a los primeros.

Como se ve, esta clasificación no es justa, ni mucho menos. Lo sería tal vez si la vida fuera sólo lucha por la existencia, en que los más fuertes, los mejor dotados, se imponen y triunfan. Pero no siendo así, habiendo algo más que lucha y de más trascendencia en la existencia de los seres, esta manera de clasificar a los niños equivale a predisponer el ánimo de futuros hombres en el peor sentido que una vida social y humana requiere.

Además, cuando un niño privilegiado—de naturaleza, se entiende— lleva a cabo una labor, necesita emplear bastante menos esfuerzo que otro niño desheredado cualquiera.

De aquí resulta que al dar a aquél un puesto de honor en la clase, lo que se hace no es premiar el trabajo realizado, sino el menor esfuerzo.

Hay quien defiende esta manera de proceder, porque dicen que dando la preferencia a los mejores, sirve de estímulo y acicate a los demás, que se desviven por igualar a sus compañeros. Pero yo creo, con Rousseau, que los niños, para progresar, no necesitan ser comparados a nadie, sino a sí propios.

Cuando esto no fuera una razón suficiente para evitar que entre los niños de una clase se establecieran diferencias, de resultados perniciosos en la vida social, como luego veremos, lo sería el desarrollo, ya en la escuela, de cualidades poco halagüeñas en los niños.

Vemos a los primeros envanecerse con un orgullo y un aire de suficiencia que se juzgan siempre los únicos y los indispensables. Quisieran hacerlo todo; creen que las cosas sólo a ellos pertenecen; consideran un derecho ordenar y mandar a los demás, y jamás toleran que los otros se inmiscuyan en sus asuntos, ni ven con buenos ojos siquiera que participen en determinadas labores, a veces comunes, sobre todo si resultan agradables para ellos. Esto les lleva a la vida ulterior un lastre de presunción, de vanidad y de despotismo, que los hace insoportables y odiosos en las relaciones sociales. Si llegan a ser patronos, los caracteriza la crueldad; si no pasan de obreros, la ambición.

Por otra parte, quedan los infelices, los postergados, los que nunca merecieron un halago ni una sonrisa de sus maestros. Viéndose humillados y sintiendo la inutilidad de su esfuerzo—mayor, indudablemente, que el de sus camaradas—, comienzan por abandonarse en las tareas de la escuela, y las más de las veces les invade el ánimo un pesimismo desalentador, que los lleva a menospreciar el estudio y el saber—quizá sea ésta una de las causas de

la pasividad que se achaca al pueblo español frente a determinados hechos de la vida colectiva—. Lo cierto es que toda la existencia de estos individuos discurre ya dentro de la mayor indiferencia. Inútil presentarles un ideal de vida mejor.

No lograréis sacarlos de su embrutecedor aislamiento. Las acciones nobles, los actos solidarios, el constante esfuerzo de los hombres por un mañana digno y libre, no les interesa. Envidiosos y rastreros, no hallan placer en el bien obrar, siendo, en cambio, capaces de los instintos más bajos y los hechos más viles. Son el pedestal, el fundamento, la base de todas las injusticias e iniquidades. Son... la rémora del progreso.

¿Y no es bastante que la vida coloque a unos hombres frente a otros, por razón de su condición social, para que la escuela, en vez de disminuir y atenuar diferencias y de limar asperezas, las aumente, distanciando más y más a los que debieran convivir en mutua reciprocidad y cariño?

Sería de desear que el maestro se desarrollara dentro de una serie de condiciones tales como escuela al aire libre, libertad de enseñanza, y, sobre todo, reducido número de niños, para que se hiciera innecesaria toda clasificación escolar.

Pero, mientras esto llega—que no parece llegar, por ahora—, bueno será que el maestro vaya haciendo en este sentido cuanto esté a su alcance, que no es poco.

Si la reclusión de los niños en locales insuficientes, la imposición de determinadas materias, el horario fijo y, principalmente, el excesivo número de alumnos, exigen un orden, una disposición, una manera de estar los niños en la clase, hágase una clasificación racional, todo lo más justa posible y en armonía siempre con las necesidades de cada uno y el fin de la obra educativa.

A este respecto, la única clasificación que debe ser tolerada es aquella que da preferencia a los débiles, a los retrasados y a cuantos adolecen de algún defecto físico. Tal vez se crea que con este proceder se posterga y humilla a los mejores. Nada de eso. Se ha de hacer comprender a estos niños privilegiados que el alumno miope o corto de vista, por ejemplo, debe estar en el sitio más próximo al encerado, con el fin de que pueda ver todo cuanto el maestro escriba o dibuje en él. De la misma manera hay que convencerlos de que los que padezcan sordera, o sean simplemente duros de oído, deben ocupar las primeras bancas, al objeto de que cuantas palabras salgan de labios del profesor puedan ser recogidas por ellos. Si se trata de salir ordenadamente de la escuela, pues los más chiquitines y si hay algún cojito o contrahecho, deben ir delante, facilitándoles la salida con todo género de ayuda y cuidados. No se tema incurrir en exageración.

As
en be
lidad
cosas
cama
To
trar lo
He
perio
benef
Es
mora

C
su alc
De
movi
Nada
las in
fuerz
para
faltar
clusiv
neral
preoc
Pe
ción a
Se
dad d
te qu

Así, los alumnos más aventajados deberán utilizar su condición superior en beneficio de los retrasados. Ya que la Naturaleza los ha favorecido con cualidades que les permiten ver y oír desde más lejos, hacerse cargo antes de las cosas y andar con paso más firme y seguro pues deben dar la preferencia a los camaradas de la clase que no han tenido semejante dicha.

Todos: los fuertes, como fuertes, y los listos, como listos, deben demostrarlo haciendo buen uso de sus facultades ventajosas.

He aquí una norma ideal que nos colocaría a los humanos en un plano superior, digno de la especie: emplear nuestro talento, nuestra superioridad en beneficio de los débiles y de los inferiores.

Esto sería, por otra parte, más sublime, más heroico y, desde luego, más moral.

ORIENTACIONES

ACERCA DE LA ESCUELA ÚNICA

El Socialista 5576 (28 septiembre 1926)

Villablino

CONSECUTIVAMENTE HAN APARECIDO EN ESTAS «PÁGINAS» opiniones de hombres de distinta significación sobre la escuela única. Pero de todas ellas es la de F. Buisson la que más nos interesa recoger, porque es la que expresa de una manera más clara y categórica su alcance y significación, al menos en Francia.

Desde el punto de vista pedagógico, la escuela unificada representa un movimiento de trabazón y enlace de los distintos grados de la enseñanza. Nada más natural y lógico. Porque no se trata de centralizar ni de uniformar las instituciones escolares, sino de articular su función, de darles cohesión, fuerza orgánica y finalidad educativa. La unidad no implica para la variedad, para la infinidad de matices que la enseñanza puede revestir. Claro que no faltarán las protestas de los que ven el problema desde un punto de mira exclusivista; pero esto poco importa. La enseñanza es asunto de educación general, de cultivo de las facultades humanas, que nada tienen que ver con las preocupaciones religiosas o de casta de un sector de la colectividad.

Pero a nuestro modo de ver no es aquí, sino en el aspecto social, de aplicación a la práctica, donde tenemos que hacer algunos reparos.

Se afirma que la escuela única aspira a colocar a todos los jóvenes en igualdad de condiciones para que puedan desenvolverse libremente, sin otro límite que el que señale la capacidad y el gusto de cada uno.

Muy bien. Todos los niños en igualdad de condiciones, y que cada cual siga la ruta que su inteligencia y su sensibilidad le aconsejen. Es un principio de justicia social y de reconocimiento de los derechos que todo el mundo tiene a educarse e instruirse en la medida que se lo permitan sus fuerzas naturales. Admirablemente bien. La enseñanza al servicio de todos...

Pero no prosigamos. La realidad es muy otra. No se trata de un derecho de todos, sino simplemente de favorecer a los «más capaces» que las indigencias privilegiadas no se pierdan, de reclutar los alumnos particularmente dotados, de seleccionar, en una palabra.

¡Adiós ilusión! ¡Y nosotros que lo juzgábamos un principio tan democrático! Porque, como verán nuestros lectores, la cosa es mucho más aristocrática que democrática. Aristocracia de la inteligencia, pero aristocracia al fin.

Ya no es el derecho de todos a elevarse según sus fuerzas, sino el de unos cuantos privilegiados de la Naturaleza.

Lo que nos extraña es que un hombre de la idealidad y de la agudeza intelectual como don Luis de Zulueta, que en estas mismas páginas expuso su criterio hace algún tiempo, no repare en ello.

Porque en verdad que a la palabra «capacidad» se le hace jugar un doble papel. Cuando se dice que cada uno tendrá derecho «según su capacidad», se quiere decir según su posibilidad intelectual, según sus fuerzas. «Capacidad», entonces, se entiende por límite natural. Pero hay otras ocasiones en que «capacidad» significa límite social impuesto por la necesidad, por la insuficiencia de medios, que, en rigor, ya no es capacidad, sino incapacidad.

Se nos objetará que aun con esta restricción siempre será preferible a lo que ahora ocurre. Indudablemente. Cuantos nos dedicamos a la enseñanza lamentamos a cada momento el que haya niños con disposición que se pierdan sólo por falta de recursos. No hay razón, claro está, para que el dinero mande y disponga quién debe estudiar y quién no. No somos nosotros de los que niegan, como el señor Berthélemy, la posibilidad de que las inteligencias pobres tengan libre acceso a la Universidad. Lo que sí decimos es que en esta reforma de la enseñanza que supone la escuela única ya oculta una injusticia, una crueldad de alma, una dureza de corazón: es poco piadosa para aquellos seres desheredados por nuestra madre Natura. Y que si los hombres no lo remedian, por este camino se va directamente a una sociedad como la presumían Aristóteles y Platón, en que unos, los hijos de los esclavos en el primero, o los de menos inteligencia en el segundo, sean los burros de carga, y otros, los señores o los más talentados, respectivamente, sean los que tiren de las riendas. ¡Y luego se dirá muy cristiana y liberalmente que todos somos hermanos e iguales!

¡Los
sean los
que nue
a todos
humilla

La sc
humano
de que u
cuantas
¡Todos l

Los c
las intel
que es e
se den fa
dé lo me

Cult
sean tar
les basta
a todos
te obrar

No e
tanto, s
en jueg

Habi
supedit
tienen c
baja.

Sí. L
extens
no habr
y gener

Hoy
ricos ni
sional c
vencior
de conc

No c
única n
No ha d

de cada cual siga
en principio de
el mundo tiene
zas naturales.

un derecho de
las indigencias
amente dota-
tan democráti-
as aristocrática
acia al fin.

sino el de unos
la agudeza in-
inas expuso su
jugar un doble
su capacidad,
uerzas. «Capa-
tras ocasiones
esidad, por la
o incapacidad.

preferible a lo
a la enseñanza
ón que se pier-
a que el dinero
nosotros de los
is inteligencias
es que en esta
una injusticia,
a para aquellos
hombres no lo
como la presu-
s en el primero,
carga, y otros,
que tiren de las
los somos her-

¡Los más capaces! ¿Pero quién puede averiguar a los once años quiénes sean los más capaces? ¿Son acaso los niños prodigio? De ser así estoy seguro que nuestros seleccionadores relegarían al montón del olvido, por incapaces, a todos los Anatole France. ¿Y vamos a condenar a los no sobresalientes a una humillante postergación?

La sociedad no está compuesta de «élites», sino de un conjunto de seres humanos que habitan la Tierra. El porvenir de la Humanidad no depende de que unos cuantos se cultiven, sino de que se cultiven todos. No son unas cuantas profesiones las que requieren capacidad y gusto artístico, sino todos. ¡Todos los hombres necesitan trabajar artísticamente!

Los defensores de la Escuela única afirman que el interés social pide que las inteligencias privilegiadas no se pierdan. Pues bien; nosotros decimos que es ese mismo interés el que reclama que se abran amplios caminos, que se den facilidades a todos los hombres para que cada cual, en más o en menos, dé lo mejor que pueda dar, lo mejor que lleve en sí.

Cultivemos las tierras fértiles, mas hay que procurar que las que no lo sean tanto también den lo suyo, máxime cuando sabemos que a veces a éstas les basta, para equipararse con aquéllas, un simple riego. Hagamos, pues, que a todos los hombres lleguen los beneficios de un riego cultural, y seguramente obraremos el milagro de convertir los páramos en ricas vegas.

No es una buena economía la que nos lleva a seleccionar para no gastar tanto, sino la que procura apurar todos los factores de la riqueza, poniendo en juego todas las actividades del capital humano.

Hablar como lo hacen los propagandistas de la Escuela única equivale a supeditar la reforma a la bolsa de tus donantes. Y así es. En principio, todos tienen derecho; pero luego, en cuanto tocan a dar, viene el tío Paco con la rebaja.

Sí. La falta de medios económicos es la que impide que la reforma se haga extensiva a todos. La verdad es que el dinero siempre ha sido poco altruista, y no habrá más remedio que suprimirlo si es que queremos que las ideas nobles y generosas triunfen.

Hoy día ya no se nos ocurre decir que la escuela primaria deba ser para los ricos ni para los más aptos. Pues la enseñanza técnica, universitaria, profesional o artística debe ser lo mismo: pública y gratuita. Más aún: hay que subvencionar decorosamente a cuantos lo necesiten. De otra manera, la igualdad de condiciones entre el rico y el pobre no dejará de ser una vana ilusión.

No obstante, el problema hay que enfocarlo en otro sentido. La Escuela única no ha de salir de las cajas de caudales, sino del fondo de los corazones. No ha de ser una merced del régimen imperante, sino un derecho del pueblo.

No ha de ser una institución burguesa, sino una obra humana, solidaria y respetuosa del derecho de todos, para que cada cual sea aquello por lo que sienta mayor aptitud y vocación, sin otro límite que el que imponga a sus facultades la ley natural, y no la carencia de recursos ni el juicio más o menos acertado de los hombres, y teniendo en cuenta que la armonía social no depende tanto de una superioridad y competencia de la inteligencia como de la bondad y de la conciencia humanas.

Notas

- 1 // Ver el libro de Natalia Sanmartín Polo y Carmen García Colmenares. *La enseñanza, una ilusión compartida*: Sofía Polo y Arturo Sanmartín. Zaragoza, 2008.
- 2 // Ver mi libro *Aniquilar la semilla de Caín. La represión del magisterio republicano*. Zaragoza, 2007.